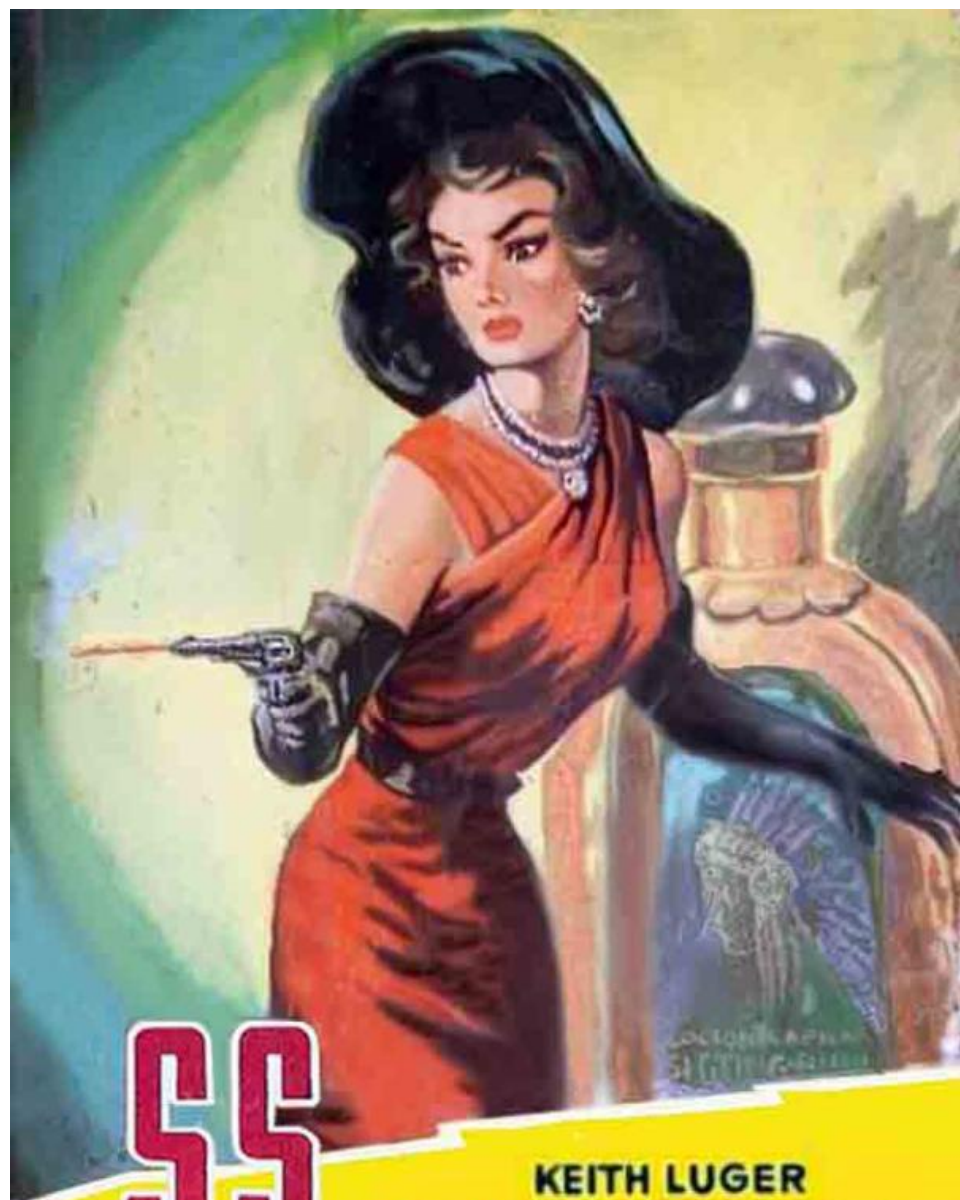




SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

**ANUNCIOS PARA
LA MUERTE**

Vera Ozenne dejó de teclear en la máquina y levantó la cabeza para mirar al hombre que la requebraba. Al instante sus ojos se agrandaron.

—¡Señor Chandler! ¡Por fin reaparece!

Jay Chandler, de veintiocho años de edad, moreno, uno ochenta de estatura, setenta y cinco kilos de músculo y hueso, rostro bien parecido, simpático y alegre, guiñó uno de sus ojos azules mientras replicaba:

—Eso quiere decir que me ha echado de menos, Vera. Ya sabía que algún día reconocería mis méritos.

La joven sacudió su cabellera rubio platino mientras decía con ironía:

—Aquí todos le hemos echado de menos.



Keith Luger

Anuncios para la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 398

ePub r1.0

Lds 10.03.19

Título original: *Anuncios para la muerte*

Keith Luger, 1958

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

ANUNCIOS PARA LA MUERTE

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1958

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

—Buenos días, preciosa.

Vera Ozenne dejó de teclear en la máquina y levanto la cabeza para mirar al hombre que la requebraba. Al instante sus ojos se agrandaron.

—¡Señor Chandler! ¡Por fin reaparece!

Jay Chandler, de veintiocho años de edad, moreno, uno ochenta de estatura, setenta y cinco kilos de músculo y hueso, rostro bien parecido, simpático y alegre, guiñó uno de sus ojos azules mientras replicaba:

—Eso quiere decir que me ha echado de menos, Vera. Ya sabía que algún día reconocería mis méritos.

La joven sacudió su cabellera rubio platino mientras decía con ironía:

—Aquí todos le hemos echado de menos.

—Bueno, eso me gusta. Ya sé que soy el hombre indispensable para el viejo; pero, francamente, Vera, preferiría serlo solo para usted.

Mientras hablaba, Jay se había sentado en el borde de la mesa en que descansaba la máquina de escribir y se inclinaba ahora sobre la muchacha.

Vera parpadeó, y apoyando las manos en el respaldo de la silla, se echó hacia atrás porque los labios de Jay se acercaban peligrosamente a los suyos.

—No debe hacer eso, señor Chandler. Recuerde que trabajamos para la agencia de publicidad Somos los ojos del Mundo, y que el señor Banzie no quiere amores entre los empleados. En cuanto se entere de que ha habido un flirt, los protagonistas tienen que buscar empleo en otro sitio.

—¡Al demonio con el viejo! —exclamó Jay—. Yo no soy un empleado vulgar, Vera; soy el número uno. Ese oso que vive ahí dentro rodeado de teléfonos, sabe bien que sin mí es hombre perdido. Para mí no rige el reglamento. Haga la prueba. Béseme. Estoy en plena forma este año.

Pero Vera no le besó, sino que dijo:

—Creo que han cambiado las cosas desde que usted se fue hace unas semanas, señor Chandler. El viejo, quiero decir el señor Banzie, le ha andado buscando por toda la ciudad, y hasta ha contratado a tres agencias de investigaciones privadas para dar con su paradero.

—¿Ve usted cómo no se puede pasar sin mí? ¿Salimos esta noche, ricura?

En aquel instante se oyó una voz de trueno:

—¡Jay Chandler!

Vera pegó un grito y Jay un salto, quedando otra vez de pie sobre el suelo mientras volvía la cabeza. Enmarcado en la puerta del despacho de enfrente se hallaba Raymond Banzie, el director de la agencia Somos los ojos del Mundo.

Frisaba en los cincuenta años de edad y era corpulento, de cabellos rojizos, ojos claros y nariz achatada.

—¿Cómo está, señor Banzie? —preguntó jovialmente Jay—. Trataba de quitarle una pestaña a Vera que le impedía ver.

Banzie hinchó los pulmones y dijo:

—¿Quiere pasar a mi despacho?

—¡Cómo no!

Jay dirigió una mirada sonriente a la sorprendida Vera y caminó con paso elástico hacia la habitación donde se hallaba Banzie, el cual, una vez hubo entrado el joven, cerró de un fuerte portazo.

—Vera me ha dicho que usted me buscaba, señor Banzie —sonrió Jay—. Ya veo que le soy imprescindible.

Banzie dio la vuelta a una gran mesa y se sentó en un sillón, dirigiendo una mirada furiosa a su empleado.

—Sí, Chandler, me es usted imprescindible.

—¿No se lo dije yo cierta vez? Le advertí que el día que se quedase sin mí, necesitaría tres hombres para que le hiciesen mi trabajo.

Banzie empezó a sonreír.

—¿Sabe una cosa, Jay?

—No me diga que ha acordado subirme el sueldo. Sería una maravillosa casualidad. Es precisamente lo que vengo a pedirle.

—Estupendo, ¿verdad? Usted quiere que le aumente el sueldo.

—Se me ocurrió mientras estaba en Miami.

—En Miami, ¿eh?

—Sí, señor. ¿No se me conoce en la piel? Fíjese, bronce puro. — Jay se sentó en una esquina de la mesa y miró al techo mientras murmuraba—: Y qué mujeres, señor Banzie. He prometido volver a la primera oportunidad. Pero, hablando de negocios, un día que tenía unas horas libres me dediqué a pensar en los beneficios que Somos los ojos del Mundo obtendría por mi último trabajo.

—Oh, su último trabajo...

—No me negará que fue una gran idea.

—Yo diría que maravillosa. A nadie más que a usted se le hubiera ocurrido vender a la Compañía Internacional del Pepe-Cola

los derechos para instalar unos anuncios publicitarios de cemento armado, doce metros por siete, en el Canal de Suez. Usted consiguió que ellos aceptasen alegando que por el canal cruzaban diariamente unos cuarenta y cinco barcos cargados de centenares de pasajeros. ¡El negocio publicitario del siglo!

Jay sonrió, dándose aires de modesto.

—Recuerde que el importe del contrato ascendió a un millón de dólares.

—Sí, señor. Un substancioso millón de dólares del que usted se llevó diez mil como prima.

—Exacto, señor Banzie. Todos hicimos un buen negocio.

—¿Usted cree? —Banzie hizo una pausa mientras hinchaba alarmanamente el pecho, y de pronto pegó un puñetazo en la mesa haciendo saltar todo cuanto en ella había—. ¡Pues no, señor Chandler! ¡No hemos hecho un buen negocio!

—¿Qué le pasa, señor Banzie? —inquirió Jay, poniéndose en pie—. ¿Se encuentra mal?

El rostro de Banzie aparecía teñido de rojo y tenía los ojos desorbitados.

—Sí, Jay Chandler. Me va a dar algo, pero es porque le tengo a usted delante. ¿No ha leído acaso los periódicos?

—No, señor. En Miami me alojé en una cabaña que alquilé a un pescador. Le prohibí a mi patrón que comprase el diario. Quería apartarme del mundo. Naturalmente, de vez en cuando hacía pinitos por la playa en busca de compañía.

—¿Y tampoco tenía radio esa maldita cabaña?

—Había una, pero afortunadamente estaba estropeada.

—¿Y ha regresado hoy?

—Sí, señor. He venido aquí directamente desde el aeropuerto. Banzie se cogió la cabeza con las manos.

—¡Por todos los demonios! ¿No sabe usted lo que ha ocurrido en estos tres últimos días?

—Ya me enteré de que Eisenhower ha salido reelegido. ¿Es a eso a lo que se refiere?

Banzie hizo rechinar los dientes.

—¡No, Chandler, no! —Y volvió a pegar otro puñetazo en la mesa—. ¡Entérese de una vez...! ¡Hace exactamente cinco días las tropas anglofrancesas invadieron Egipto, pero antes de ello bombardearon el canal!

—¡No!

—Sí, señor Chandler... ¡Y hundieron medio centenar de barcos a lo largo de él, dejándolo impracticable para la navegación!

—¡No!

—Sí, señor Chandler. Y según noticias del mayor crédito, se invertirá un año en dejarlo de nuevo útil. ¡Un año! ¡Exactamente el tiempo por el cual arrendamos los derechos a la Compañía de Pepe-Cola

para sus carteles publicitarios!

Jay había hecho desaparecer la sonrisa de sus labios, dando paso a una mueca de tristeza y un fruncimiento de perplejidad.

—Entonces, señor Banzie...

—Los abogados de nuestros clientes quieren que se rescinda el contrato. Y no sólo pretenden que les devolvamos el millón de dólares, sino otro medio millón por daños y perjuicios. ¿Se da cuenta?

Jay tragó saliva, murmurando con voz apenas audible:

—Sí, señor Banzie.

—Es necesario que reintegre por lo tanto los diez mil dólares que cobró de prima...

¡Por eso le he estado buscando desde hace una semana!

—¿Que devuelva los diez mil dólares?

—Exactamente.

—Lo siento, señor Banzie, pero creo que sólo me quedan mil quinientos.

—¿Cómo? —inquirió Banzie en el paroxismo de la estupefacción

—. ¿Quiere insinuar que ha gastado ocho mil quinientos dólares en dos semanas, alojándose en una putrefacta cabaña?

—No es eso, señor Banzie. Debía seis mil, y los tres mil quinientos restantes los gasté en mis vacaciones.

—¡Oh, no! ¡No me puede pasar a mi esto!

—Pero estoy dispuesto a pagarle a usted esa cantidad con mi trabajo.

Banzie se pasó una mano por la sudorosa cara.

—¿Cuál es su sueldo, Chandler? Lo sé, pero quiero oírlo de sus labios.

—Cuatrocientos dólares semanales. Un sueldo de hambre. Me dijo usted hace dos años que me lo subiría, pero siempre que se lo he recordado me ha dicho que los tiempos están muy difíciles para todos y que esperase un poco más.

—¡Cállese! —gritó Banzie. Y luego, con voz más pausada, dijo—: Cuatrocientos dólares. Supongamos que le quitase cien dólares mensuales para amortizar los diez mil. Serían mil doscientos al año. Necesitaría usted nueve años para pagarme lo que me adeuda.

—Eso es, señor Banzie.

—¿Cree que le voy a aguantar nueve años después de lo que me ha hecho? ¡No, señor Chandler! ¡No haré tal cosa! ¡Prefiero esperar la sentencia que nos condene, y entonces le prometo que le meteré mano a usted!

—Oiga..., yo...

—¡No quiero verle más por aquí! ¿Lo oye? ¡Márchese!

—¿Conque así paga mis desvelos por la casa, viejo zorro? —dijo Jay, apoyando sobre la mesa y acercando su cara a la del director de la agencia—: ¿Cuántas veces le he sacado las castañas del fuego? ¡Conteste, barril con ojos! ¿Cuál de sus hombres consiguió el contrato de «Hágalo usted solo»? ¿Quién logró que el presidente de la compañía Gane el Premio Nobel en Sesenta Lecciones nos confiase su publicidad? Le he traído a este despacho clientes cuyos

contratos representaban miles de dólares, y como colofón tiene lo del canal. ¿Qué culpa tengo yo de que a los anglofranceses se les haya ocurrido bombardearlo? Nos han estropeado el negocio, es cierto, pero ellos, tarde o temprano, se darán cuenta de que han cometido un error. Parece mentira que irnos hombres que se dedican a la política hayan cometido tal fallo.

—¿De veras? —dijo Banzie, enseñando los dientes—. Pues vaya a Londres y dígaselo al primer ministro. ¡Pero váyase cuanto antes y no pierda usted el avión!

Jay quedó un momento en suspenso mientras miraba fijamente a su interlocutor, y finalmente meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, señor Banzie. Me largo, pero recuérdelo...

—¡Sí, ya lo sé! ¡Necesitaré tres hombres para que hagan su trabajo! ¡Salga de aquí! Jay soltó una imprecación y dio media vuelta. Al salir cerró con un terrible portazo que hizo estremecer las paredes.

Vera se estaba perfilando los labios y dio un salto en la silla.

—¿Qué ha pasado, señor Chandler?

—¡Que me marchó para siempre! —gritó Jay. De pronto se volvió, apuntando con el dedo índice a la joven, y dijo—: Lo siento porque no podré invitarla esta noche, Vera.

Y la rubia platino, con los ojos agrandados, lo vio desaparecer sin que él girase una sola vez la cabeza.

CAPÍTULO II

Hacía un frío terrible. El termómetro marcaba un grado sobre cero.

Jay Chandler se subió la solapa del abrigo, hundiéndose más el sombrero en la cabeza y metió las manos en los bolsillos. Caminaba despacio.

Estaba despedido. Y esto no era lo peor, sino que todo su capital se reducía a diecisiete dólares con veinticinco centavos. Sí, no había sido precavido. Aquella rubia de Miami le había costado un ojo de la cara. ¡Maldición! ¿Por qué la había encontrado en su camino? A él siempre le ocurría lo mismo. Cuando tenía dinero se le cruzaban por delante unas faldas y era hombre perdido. Pero, no. Ya se había acabado. Cuando volviera a tener dinero huiría del sexo débil como del mismo diablo. O por lo menos las elegiría. Había oído hablar a sus compañeros de que existían mujeres que se conformaban con muy poco. Claro que... éstas eran aún peor. Uno terminaba casándose con ellas.

Se encogió de hombros, diciéndose que la vida era difícil de entender. De pronto a sus oídos llegó una voz. Levantó la cabeza y miró. En la esquina de la calle 32 con la 64, donde soplaba un viento glacial, había un hombre que mediría casi dos metros de estatura, el cual estaba vendiendo algo. Sus hipotéticos compradores formaban un grupo reducido a su alrededor. No eran más de media docena. Incorporóse a ellos y oyó que el hombre decía:

—¡Sí, amigos míos! Ustedes pueden evitar la caída del cabello. Ustedes no deben darse por vencidos en esa lucha a muerte con la naturaleza. ¿Por qué declararse vencidos sin luchar? Yo puedo darles a ustedes un arma eficaz, la única que existe para que puedan quitarse el sombrero ante una dama sin ningún temor.

Jay se dio cuenta de que aquel hombre no hablaba con mucha convicción. Se debía dedicar a aquello porque no tendría una solución, y sus finanzas deberían estar a un nivel tan bajo como el termómetro.

El hombre se agachó, abrió una maleta y sacó de ella una botella que exhibió en alto.

—¡Véanla, amigos míos!

Aquel «amigos míos» parecía el balido de una oveja que se encontraba perdida e indefensa.

—El tónico maravilloso que les evitará la caída del cabello... — El charlatán hizo una pausa, y con voz desalentada prosiguió—: Y lo más interesante para ustedes es que pueden aprovechar esta oportunidad, ya que me encuentro en Nueva York en viaje de propaganda, y de acuerdo con ello vendo mi tónico al irrisible precio de diez centavos.

De pronto el vendedor se interrumpió mirando hacia arriba de la calle, y Jay pudo ver que su rostro cambiaba de color. Rápidamente el charlatán se agachó, metió otra vez la botella en la maleta, cogió ésta, y se tocó el ala del sombrero diciendo:

—Oh, ustedes perdonen. Ahora recuerdo que he dejado el grifo del agua abierto.

—¡Eh, usted! —gritó una voz—. ¡Espere un momento!

Era un policía, que se acercaba con paso veloz. Pero el aludido, en lugar de obedecer, le dio a las piernas como si pretendiese batir el récord mundial de la milla. Dobló por la calle 64 y perdióse de vista. El policía echó a correr tras él, y los componentes del grupo de oyentes le dejaron Ubre el paso.

Jay emitió una risita. Había otros que estaban en las mismas o peores condiciones que él. Aquel hombre del tónico para el cabello no debía tener un centavo en el bolsillo. Era la deducción lógica teniendo en cuenta el precio a que vendía su producto y el lugar que había elegido para su venta, aquella esquina que era el círculo polar ártico.

Se dirigió hacia la 64 para ver si el guardia había alcanzado al fugitivo; pero no vio a uno ni a otro.

Empezaba a anochecer.

Decidió que ya que estaba allí no le vendría mal tomar un *whisky* en el local de Tom, que estaba unas seis manzanas más allá.

La bebida le ayudaría a resolver su problema. Tenía que recordar a todos sus conocidos porque quizá alguno de ellos le pudiese ofrecer un empleo. Poco después entraba en el establecimiento.

Tom le hizo un saludo con la mano, y él se acercó al mostrador tomando asiento en un taburete.

—¿Qué tal, Jay? —le preguntó el barman—. Hace tiempo que no te veía.

—He tenido trabajo —le contestó—. ¿Quieres ponerme un doble?

Tom le puso el vaso delante. Jay bebió un largo trago y luego preguntó:

—¿Has visto por aquí últimamente a los muchachos?

Los muchachos eran Sam Ready, William Femour y Spencer Mahoney. Habían seguido juntos un curso de periodismo, y todos, a excepción de Jay, tenían puestos seguros en diversos periódicos de la ciudad. Jay, también había tenido su oportunidad de lograr una cosa parecida, pero él prefirió la publicidad, con el resultado de que después de dos años de trabajar se encontraba en la calle.

—Después que tú dejaste de venir, ellos también se fueron distanciando poco a poco —contestó Tom—. Creo que todos se han casado. Uno de ellos, Sam, tiene ya dos hijos.

Jay sonrió.

Transcurrieron quince minutos. Jay terminó su vaso y pidió otro doble. Sacó un cigarrillo y encendió. Arrojó la primera bocanada de humo, deteniendo la mirada en el espejo de enfrente. En aquel momento entraba en el local el vendedor del crecepelo. Su rostro estaba mortalmente pálido y andaba como un Sonámbulo. Se detuvo un instante en el umbral, y al fin giró dirigiéndose hacia los reservados del fondo, tomando posesión del tercero de la derecha.

Jay se dio cuenta de que no llevaba la maleta.

Bien; aquel fulano necesitaba un reactivo y por eso se encontraba allí. Sonrió al darse cuenta de que sus situaciones eran parecidas y pensó charlar un rato con él. Quizá se sintiesen mutuamente aliviados.

Pagó el importe de los dos *whiskys*, cogió el vaso medio lleno y se dirigió hacia los reservados. Llamó a la puerta suavemente y sintió que el que estaba dentro se levantaba sobresaltado, preguntando con voz ronca:

—¿Quién es?

—Un colega, amigo —respondió Jay. Y abrió la puerta.

El gigantón estaba de pie, mirándolo con ojos desorbitados.

—Vamos, tranquilícese —le dijo Jay, cerrando a sus espaldas—. Sólo quiero echar una parrafadita con usted.

El otro se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua.

—¿Sobre qué?

Jay le escrutó con atención. Frisaría en los treinta y cinco años. Era musculoso, de cabellos rojizos, rostro pecoso en el que destacaba una nariz que debía de haber sido achatada por centenares de puñetazos. Jay se dio cuenta de que estaba esperando una respuesta, y él contestó:

—Muy sencillo. Sobre usted, sobre mí, acerca de las cosas de la vida. Yo creo que hay momentos en que toda persona desea la compañía de un amigo. Apuesto a que usted se encuentra en esa situación.

—¿Cómo lo sabe?

—Escuché la última parte de su discurso en la esquina de la calle 32 y le vi correr al aparecer el policía. ¿No será mejor que nos sentemos?

Tomaron asiento uno frente al otro en el preciso momento en que aparecía el mozo. El vendedor pidió otro doble. Cuando el empleado hubo marchado, Jay carraspeó suavemente y dijo:

—No ha sido un buen día para usted, ¿verdad, amigo?

—No, desde luego que no.

—Yo también he tenido el santo de espaldas. Mi nombre es Jay Chandler.

—El mío Steve Davis.

—¿Sabe una cosa, Davis? Nunca hubiera creído que el policía le diera alcance. Usted salió corriendo a una velocidad supersónica, y el de la «bofia» no parecía muy ágil cuando emprendió la persecución.

—Pues no me cogió. Jay frunció el ceño.

—Pero, entonces, ¿y la maleta? Al verle sin ella pensé que él se la había quitado.

—¡Santo cielo! —exclamó el vendedor—. Es verdad. ¡La maleta! ¡Sabrán que he sido yo...! ¡Es como si hubiese dejado mi tarjeta de visita!

—¿Qué le pasa? ¿Dónde la dejó?

—¡Ahora sí que estoy perdido! ¡Me echarán el guante! —Steve se dobló hacia delante, apoyando las palmas de las manos en la mesa y dijo—: ¡Pero usted tiene que creerme!

¡No fue mi intención hacerlo! ¡Me asusté al verle allí...!

—Oiga. ¿De qué me está hablando? No le comprendo una sola palabra.

Steve se dejó caer en la silla haciéndola crujir y mordióse el labio inferior con fuerza. Luego fijó los ojos en los de su interlocutor y declaró con voz ronca:

—¡Acabo de matar a un hombre, señor Chandler!

—¿Cómo dice?

—¡Le aseguro que es cierto!

—¿Al policía?

—No, ya le he dicho que no me alcanzó.

Se oyeron pasos y el mozo apareció trayendo el doble para Davis. Éste hizo ademán de ir a pagar, pero Jay fue más rápido y dejó una moneda de un dólar sobre la bandeja del empleado. Éste hizo una leve inclinación y salió dejándolos solos.

—Cuénteme, Davis —dijo Jay, cada vez más intrigado—. ¿A quién dice que ha matado?

—No lo sé, era un hombre. Será mejor que se lo cuente todo. Así descargaré mi conciencia. Luego iremos a la policía. —Hizo una pausa para beber un largo trago de *whisky*, y tras limpiarse la boca con la manga prosiguió—: Eché a correr por la Sesenta y cuatro, pero dos manzanas más allá doblé por la Cuarenta y cinco. Detrás de mí oía las voces del agente. Les saqué el máximo partido a mis piernas y vi una especie de pasadizo entre dos casas. Me metí por él. Me detuve para descansar unos instantes, y en ese momento vi una ventana a mi derecha. No titubeé un instante. Dentro no había luz y estaba abierta. Los pasos del policía estaban más cerca. Me colé por la ventana.

Sólo quería estar allí un par de minutos y luego volvería a salir. Así podría despistar al policía.

Davis hizo una pausa, apretando nervioso el vaso que sostenía.

—¿Me cree, señor Chandler?

—Bueno, tendrá que acabar su historia para que dé mi veredicto. Usted se metió dentro de la casa por la ventana que

estaba abierta. ¿Qué pasó entonces?

Davis hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y bebió otro trago de *whisky*. Luego dijo:

—Me colé dentro de la habitación y me aparté de la ventana para que no pudiera ser visto desde fuera. Allí me quedé acurrucado conteniendo la respiración. Oí que el policía pasaba de largo y solté un suspiro. Creía estar ya a salvo, cuando de pronto algo se movió en la estancia a oscuras y una sombra se abalanzó sobre mí. Yo me levanté y un puño me golpeó en la mejilla. «Deténgase, no soy ningún ladrón», grité, tratando de sujetar a quien me pegaba. Pero su respuesta fue otro puñetazo al estómago. Me hizo daño, y yo estaba muerto de miedo y muy nervioso. Llevo dos días sin comer. Cuando me puse en la esquina sólo quería ganar lo suficiente para poder comer algo. Furioso, loco de rabia, eché el puño hacia atrás y lo lancé contra el fulano que tenía delante. Se produjo un sonido a cascajo y el sujeto en cuestión se desplomó. Todo volvió a quedar en silencio. Me quedé quieto allí, inmóvil, esperando que alguien de la casa se hubiese apercebido de la pelea; pero transcurrieron los minutos y todo siguió igual. Entonces pensé que aquel tipo tardaba más de la cuenta en recobrar el conocimiento. Tenía la seguridad de no haberle pegado muy fuerte. Yo estaba bañado en un sudor frío. Eran demasiadas emociones para tan poco tiempo. Fui tanteando por el suelo a gatas, y al fin toqué al tipo que había dejado fuera de combate. Le di unas palmadas en las mejillas, pero las tenía heladas. Entonces, un poco asustado, le puse la mano en el pecho y...

Steve Davis se interrumpió de nuevo mientras sus ojos se volvían a desorbitar.

—¡Termine de una vez! —le apremió Jay.

—El corazón de aquel hombre había dejado de latir. —Steve dio un gemido—. ¿Se da cuenta, señor Chandler? ¡Estaba muerto! ¡Yo lo maté!

—¿Quiere no levantar la voz?

—¿De qué me sirve silenciarlo? Sería mejor para mí que me presentase a la policía. Fue un accidente. Yo no tuve intención de matarlo.

—Claro que no, muchacho. ¿Quién dice lo contrario? Ande, bébase ese *whisky*. Le hará falta.

El vendedor cogió el vaso e hizo desaparecer su contenido de un solo trago.

—¿Quiere acompañarme a la Comisaría..., señor Chandler?

—Estoy pensando que no estaría de más que luciéramos primero una comprobación —opuso Jay.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, le estoy sugiriendo que volvamos a esa casa.

—¡No!

—Escuche, Steve. En estos casos conviene andar sobre seguro. Puede ocurrir que, después de todo, ese muerto de que habla sólo exista en su imaginación. Recuerde que usted mismo ha reconocido que se encuentra en una situación un poco extraordinaria. No ha comido en dos días, luego apareció el policía y echó a correr. Vio la ventana abierta y el inquilino la emprendió a golpes con usted. Se defendió y lo dejó fuera de combate. Apuesto a que ahí termina todo. Usted dice que estaba muerto de miedo, y es lógico que creyese que el corazón de su desconocido adversario había dejado de latir. ¿Se da cuenta? Es posible que a estas horas el supuesto cadáver se haya levantado por su propio pie y se encuentre tomando tranquilamente un combinado.

Steve miró a Jay un poco esperanzado.

—¿Usted cree que ha podido ocurrir eso, Chandler?

—No perdemos nada con echar un vistazo. Después de todo, la casa está cerca de aquí.

—De acuerdo. Iré con usted. No sé por qué, pero me inspira confianza. A propósito, ¿a qué se dedica?

Jay ya estaba de pie, y se apretó el lóbulo de la oreja mientras decía:

—Hace una hora estaba metido en negocios publicitarios. Ahora no sé en qué voy a trabajar. Estamos a la par, amigo: el contenido de mi bolsillo no supera en mucho al de usted.

Abandonaron el bar y se dirigieron a la calle 45. Se había levantado un fuerte viento, y la poca gente que transitaba por las aceras lo hacía rápidamente, para llegar cuanto antes a su destino.

Doblaron por la primera transversal, y poco después cruzaron hasta la 45. Avanzaron por ella.

—Allí está la casa —dijo Steve, señalando hacia la parte de enfrente.

Aquella zona estaba a oscuras porque el farol más cercano se había apagado y el Municipio no se había molestado en sustituirlo.

Cruzaron la calle, y ante ellos apareció el negro pasadizo que había entre las dos casas y por el que Steve había corrido para despistar al agente. Se internaron por él, y de pronto Steve se detuvo, apretando el brazo de Jay.

—¡Mírela, continúa abierta!

La ventana estaba muy cerca de ellos, y Jay pudo distinguir los destellos de los cristales. La corredera estaba alzada unos veinticinco o treinta centímetros, permitiendo el paso de un hombre.

—Adelante, Steve —dijo Jay.

—¡No, amigo! ¡Usted primero!

—Está bien, como quiera.

Jay se coló dentro y esperó al vendedor. Permanecieron un rato inmóvil acostumbrando sus ojos a la oscuridad. En la habitación no se oía nada a excepción de la respiración de ambos.

Jay se dio cuenta de que Steve temblaba como un azogado.

—Mírelo, señor Chandler. Ahí está el cuerpo.

Jay también lo había visto y sintió un escalofrío por la espina dorsal. Aquel hombre había tenido tiempo suficiente para recobrar el conocimiento. Habían transcurrido ya más de cuarenta y cinco minutos desde que Steve lo tumbó del puñetazo.

Pusiéronse en cuclillas y Steve puso la mano en el pecho del yacente. Al cabo de un segundo la retiró gimiendo:

—Está muerto, señor Chandler; muerto. Ya se lo decía yo.

Jay comprobó la exactitud de las palabras del vendedor. Sí, no cabía la menor duda. Aquel hombre había dejado de pertenecer al mundo de los vivos.

—Serénese, Steve.

—Cómo se conoce que usted no ha sido quien lo ha matado. ¿De qué forma quiere que me serene?

—Cierre la ventana, eche las cortinas, y luego dé vuelta al conmutador.

—¿Qué es lo que va a hacer?

—Echaremos un vistazo a la habitación. Será mejor que obedezca. Al parecer no hay nadie en la casa, y si lo hay está sumido en un profundo sueño. No hay peligro por esa parte. Haga

lo que le digo.

Steve emitió un gruñido por lo bajo, pero hizo lo que se le mandaba. Cuando la luz alumbró el aposento, los dos hombres quedaron observando al muerto.

Debía tener unos treinta y cinco años de edad. Era de estatura regular, cabellos castaños, sienes plateadas y rostro de rasgos correctos. Había sido un hombre guapo, de ésos por quienes las mujeres suspiran en todas partes del mundo. Se envolvía en un batín color naranja que debía haber costado un buen puñado de billetes.

Steve se dejó caer en una silla y escondió el rostro entre las manos, soltando un sollozo.

—Vamos, Steve. Reanímese —le alentó Jay—. Usted no ha matado a ese hombre. El vendedor miró con estupefacción al joven.

—¿Qué es lo que está diciendo, señor Chandler?

Jay había vuelto el cadáver boca abajo y le estaba señalando la cabeza.

—A menos que haya usted sacado un arma de fuego para defenderse.

—¿Arma de fuego?

—Sí, amigo mío. Este hombre ha sido muerto de un disparo. La bala le entró por la nuca. Su muerte fue instantánea.

Steve se levantó, dando unos pasos vacilantes.

—¿Está usted seguro, señor Chandler?

—Sí, no hay duda al respecto. Usted mismo puede examinar el orificio de entrada de la bala.

Steve se puso de rodillas sobre la alfombra que había encima del piso y examinó la nuca del muerto.

—¡Santo cielo! ¡Es cierto! —Miró a Jay sonriente—. ¡Entonces no le he matado yo!

—¿Ve usted? Ya le dije que era mejor venir a echar un vistazo.

—¡Es usted un verdadero amigo, señor Chandler! ¡Nunca le agradeceré bastante lo que ha hecho por mí!

—No me dé las gracias. Hoy por ti, mañana por mí. Todo ha resultado más sencillo de lo que parece. Usted no pudo golpear a este hombre porque ya estaba muerto. A quien atizó usted fue al asesino. ¿Se da cuenta? O sea que durante unos minutos hubo dos cuerpos aquí en el suelo. Usted, en la oscuridad, se acercó al

cadáver y creyó que lo había matado. Pero si hubiese tenido la preocupación de examinar con más cuidado la habitación, hubiera visto al otro hombre a quien había dejado fuera de combate. Pero se le nubló el cerebro, sintió miedo y se largó. Luego el asesino recobró el conocimiento y se marchó también.

De pronto el teléfono que había sobre una mesa empezó a repiquetear. Jay y Steve lo miraron sobresaltados.

Jay sacó un pañuelo del bolsillo y se dispuso a coger el auricular.

—¿Qué va a hacer, señor Chandler?

Jay no contestó a la pregunta, sino que tomó el micro.

—¿Sí? Diga.

—Soy Ina, Bill. Te he estado esperando...

—Hum... —murmuró Jay.

—Yo en tu lugar no me lo tomaría así. Después de todo eres un caballero. Ya te dije que te iba a ser muy difícil librarte de mí. Todavía estás a tiempo, Bill. Ven a verme y no te arrepentirás. Te esperaré hasta las doce, y te aseguro que no habrá más prórrogas.

La mujer que había al otro lado colgó, y Jay lo hizo también.

—¿Quién era? —preguntó Steve.

—Una mujer llamada Ina. Ha concedido un plazo hasta las doce a un tal Bill para que vaya a verla. Al parecer después de esa hora, Bill habrá perdido su oportunidad.

—Tengo un terrible dolor de cabeza, Chandler. ¿Por qué no nos vamos ya? Es asunto de la policía resolver este lío.

—Escuche, Steve. Me pirro por las novelas policíacas y ésta es la primera vez que tengo oportunidad de sentir la emoción que se deriva de un caso criminal. Me encuentro sin trabajo, y usted está en el mismo apuro.

—¿Quiere decir que va a ponerse a investigar?

—Ha dado usted en el clavo, Steve. Además existe otro motivo. Nuestras finanzas se encuentran en un estado ruinoso. Creo que ni usted ni yo lograremos dinero en plazo breve. A mí me tocaría recorrer todas las agencias de publicidad y usted no parece sacar mucho de su negocio. Tendrá que dedicarse a subir bultos como mozo de cuerda. Quizá encontremos en todo esto una ocasión para mejorar.

—Pero, contésteme una pregunta, Chandler. ¿Quién nos va a

pagar a nosotros? Por regla general los detectives son comisionados por alguien para que procedan a una investigación, y a nosotros no nos ha hecho nadie tal encargo.

—Con lo cual estamos en mejor situación para poder elegir a nuestro cliente. Oiga esta idea. Haremos un estudio de las personas que se relacionan con el caso, y luego ofrecemos nuestros servicios al mejor postor.

—¿Y por qué han de preferir nuestros servicios a los de una agencia de detectives con experiencia y, sobre todo, con una patente legal?

—Por una sencilla razón. Sabemos de la muerte de este hombre más que nadie. Recuerde que usted golpeó al asesino. Conocemos la hora en que se hallaba aquí, y eso va a ser esencial. Se lo aseguro. Ocupamos dos butacas de primera fila en esta tragedia. Ha sido el destino quien ha puesto en nuestras manos las localidades. Saquemos el mayor partido de ello.

Steve se quedó dudando unos instantes y finalmente dijo:

—Está bien, usted gana.

Jay fue hacia él y le tendió la mano proponiendo:

—¿Qué te parece si empezamos a tuteamos?

En aquel momento se oyó el rechinar de unos neumáticos en la calle. Jay corrió a la ventana y apartó las cortinas.

—¡Canastos! Ha sido aquí. Ha llegado el momento de marcharse. Apaga la luz.

Steve obedeció. En ese instante oyeron el ruido lejano de una llave que se introducía en la cerradura de la puerta de entrada.

—Abre la ventana y salta fuera, Steve. Una puerta chirrió.

Steve levantó la corredera y saltó al callejón. Le siguió Jay, quien cerró la ventana, dejando un espacio de unos dos centímetros para poder observar en cuclillas el interior. La puerta del despacho se abrió y se encendió la luz.

Jay vio a una mujer dé belleza escalofriante. Debía de estar por los treinta años y era rubia, de ojos verdes, nariz recta y labios del color de jugo de tomate. Vestía un traje de noche sobre el que llevaba un abrigo de visón. Dio unos pasos por la estancia, y de pronto se detuvo contemplando el cadáver. Llevóse una mano a los labios, pero aun así no pudo apagar el grito que salió de su garganta. Se quedó allí de pie, como petrificada. Al fin reaccionó y

se dirigió hacia el teléfono, por lo cual Jay dejó de verla. Pero pudo escuchar sus palabras emocionadas.

—¿Oiga...? Con la policía, por favor... Soy la señora Marvell, Lory Marvell. Acabo de llegar a mi casa y me he encontrado a mi marido... asesinado... Eso es, sí. Estoy sola. Calle 45, número 162... Por favor, vengan pronto... Sí, no tocaré nada.

Steve tiró a Jay de la manga.

—¿No te parece que debemos irnos ya?

—Espera un poco más —respondió Jay, y siguió mirando hacia el interior.

De nuevo pudo ver a Lory. Había sacado una pitillera de su bolso y cogió nerviosamente un cigarrillo que se puso en los labios. Luego encendió con la propia pitillera. Inopinadamente dirigió la vista hacia la ventana, y por un instante, Jay sintió sobre sus ojos la mirada de la hermosa mujer. Ésta lanzó un grito de terror, y Jay pegó un salto dando con el codo a su amigo mientras decía:

—¡Ahora sí que ha llegado la hora de correr!

Salieron a la calleja, dándole a las piernas en el momento en que a lo lejos se oía una sirena policíaca. Pasaron a la otra parte de la calle.

—Ahora con serenidad, Steve —dijo Jay, deteniéndose y andando tranquilo—. No conviene que nos vean correr por aquí.

El vendedor resoplaba, pero logró contener sus deseos de escapar a toda marcha y se puso a la altura de su amigo. Así, juntos, desembocaron en la calle 34 y poco después vieron doblar hacia la casa del crimen el coche de la policía.

Steve dio un suspiro.

—De buena nos hemos librado. ¿Crees que ella ha podido verte la cara?

—Un trozo solamente. No creo que me reconozca. —Jay hizo una pausa y luego murmuró—: Tenías que haberla visto, Steve. Es una de esas rubias que sólo se ven en las películas de Hollywood. Este caso me gusta cada vez más. ¿Cómo es posible que un hombre con una mujer como esa Lory Marvell buscase otra fuera de su palomar?

De pronto, Steve se detuvo soltando un gemido. Jay se inmovilizó también.

—¿Qué te pasa, Steve?

—¡Mi maleta! ¡La he olvidado otra vez!

—¡Por todos los infleamos!

Steve se cogió la cabeza con las manos, mientras decía con acento plañidero:

—Y ahora la policía está dentro..., ya no podemos recuperarla. No dudarán de que el propietario de la valija es el asesino... ¡Y me buscarán a mí, Chandler!

—¿Quieres bajar la voz?

—¿Qué podemos hacer?

Jay se mantuvo vacilante irnos instantes, y finalmente dijo:

—Nada. No podemos hacer nada.

—¿Cómo ha podido ocurrir...? ¡Si volvimos por la maleta!

—La culpa ha sido mía. Me entusiasmé demasiado con la idea de que había encontrado un trabajo remunerador para los dos.

—¡Y ya lo creo que lo va a ser...! ¡Me asarán en la silla eléctrica!

Jay cogió por el brazo al vendedor y lo empujó para que siguiese andando.

—Abandona esa idea, muchacho —le dijo, tratando de darle ánimos—. Ahora nos iremos a mi apartamento. Me quedan un par de latas de conservas de mi última excursión a Florida, y creo que nos resultarán apetitosas.

—¿Quién piensa en comer?

—Apuesto a que tienes el estómago hueco. Te vendrá a mano el echarle algo caliente. Luego dormiremos hasta mañana.

—Si es que no me detienen antes. La Brigada de Homicidios sabrá quién es el hombre que tiene que buscar. En cuanto el policía que trató de cazarme en la calle identifique mi maleta, y eso será cuestión de minutos.

—No seas tan pesimista, muchacho. Mañana nos pondremos en campaña, y ya puedes asegurar que echaremos mano al asesino antes de que te hayan podido meter en algún lío.

—Ni tú mismo crees lo que dices. ¿Cómo vamos a capturar al asesino si desconocemos todo el asunto?

—Nos pondremos al corriente.

—¿De qué forma?

—Tengo mis propios métodos.

Jay Chandler dio unas palmadas efusivas en la espalda al hombre que acababa de conocer y se puso a silbar alegremente una

canción. Steve Davis, sin embargo, hizo una mueca porque se le antojaba que su porvenir no estaba muy claro.

CAPÍTULO III

Steve Davis despertó, y al darse cuenta de que en la cama que había compartido con Jay Chandler estaba ahora él solo, lanzó un grito:

—¡Eh, muchacho! ¿Dónde estás?

Como no recibiese respuesta alguna, se incorporó de un salto del lecho y fue al cuarto de baño, pero allí tampoco se encontraba Chandler.

—¡Jay! —llamó, sintiendo que se le ponía la piel de gallina. Regresó al dormitorio y empezó a vestirse apresuradamente.

De pronto la puerta se abrió de golpe, y al levantar la mirada vio a Jay que entraba.

—¡Por todos los infiernos! ¿Dónde fuiste, Jay?

—Sólo he ido a comprar un diario. ¿Es que no te acuerdas de que vamos a investigar un crimen?

—¿Cómo quieres que lo haya olvidado? ¡He pasado la noche soñando con muertos, valijas y calvos que se reían de mí mostrándome las botellas de mi loción!

—Hace un día espléndido, Steve. Piensa en lo hermosa que es la vida y deja lo demás de mi cuenta.

—¿Qué dice del crimen el diario?

—Todavía no he tenido tiempo de leerlo. Anda, lávate y vístete. Yo te lo contaré cuando estés listo.

Steve sacudió la cabeza, y al ver que Jay se ensimismaba en la lectura del periódico optó por irse al lavabo.

Cuando quince minutos más tarde hubo terminado su higiene matinal, observó que Jay se hallaba pensativo con la mirada fija en el techo.

—Bueno, ya estoy listo. Suéltalo ya.

Chandler volvió a la realidad haciendo chasquear los dedos.

—Ya te lo advertí que era un asunto bueno, Steve. El tipo que han asesinado se llama William Marvell, y por lo que dice este papelucho el fulano logró hacer un montón de dinero como editor.

—¿Editor?

—Sí, ya sabes esos que fabrican libros para que la gente los lea.

—Sí; ¿pero dice ahí si ya han capturado al criminal? Jay se mordió el labio inferior.

—Todavía no. Están un poco despistados, y eso es algo que a nosotros nos conviene. Les sacaremos las castañas del fuego, cobraremos de nuestro cliente y, de la noche a la mañana, nos convertiremos en los personajes más importantes de Nueva York. Pero será mejor que no me interrumpas. Como te iba diciendo, ese Marvell tiene una esposa.

—¿La fulana que llegó cuando nosotros estábamos allí?

—Exactamente.

—¿Por qué salió sin su marido anoche?

—Según ha contado ella, estaban invitados a cenar en casa de un amigo, pero cuando llegó la hora de irse, William alegó no encontrarse muy bien, sentía ciertas molestias en el estómago. Lory quiso telefonar para cancelar el compromiso, pero su marido no se lo permitió. Le dijo que después de todo su indisposición sería momentánea y que ella debía ir. Lo cierto es que Lory se fue a la fiesta.

—¿Qué clase de fiesta era ésa? Pasaba un poco de las ocho cuando ella regresó a casa.

—Lo comprenderás en seguida. Resulta que Lory llamó por teléfono a su marido desde la casa adonde fue, pero a la otra parte no cogieron el auricular. Entonces se sobresaltó y decidió regresar al dulce hogar. Fue cuando nos sorprendió a nosotros.

—De todas formas, aunque ella no hubiese estado en esa cena no podría ser sospechosa. Yo le pegué a un hombre. De eso estoy seguro, Jay. Noté perfectamente su mentón rasposo.

—Ésa es la ventaja que tenemos nosotros sobre la policía. Sabemos que no pudo ser una mujer. —Jay hizo una pausa mientras se incorporaba—. Bien, manos a la obra.

—¿Adónde quieres ir?

—Haremos una visita a la editorial de Marvell. La información que trae este diario es un asco. —Jay arrojó el periódico sobre la

deshecha cama—. Lo único que añade a lo que te he dicho es que Marvell fue muerto entre las seis y las siete de la tarde de un disparo hecho con una pistola calibre treinta y dos.

—¿Estás seguro de que no dice nada más?

—Cita el nombre de los policías que están encargados del caso. Un teniente, Rennie, y un sargento, Callaghan.

Steve se acercó a la cama y cogió el diario. Sus ojos bajaron por las líneas en que se informaba del crimen, y de pronto se puso a leer en voz alta:

«El teniente Rennie nos aseguró que era cuestión de horas cazar al asesino. Estrechado a preguntas por los periodistas, el teniente manifestó que en la habitación del crimen había sido encontrada la valija perteneciente a un vendedor callejero de un supuesto crecepelo. Precisamente a la hora del asesinato, el agente Ross Hat había sorprendido a un charlatán que en la esquina de la calle Sesenta y cuatro con la Cuarenta y dos pretendía colocar su mercancía, una loción capilar, entre los transeúntes. El agente trató de detenerle, pero no lo pudo llevar a cabo, porque el vendedor desapareció precisamente en las inmediaciones de la casa donde vivía el señor Marvell. La hipótesis de la policía es que el vendedor encontró una ventana abierta en el callejón adyacente a la casa y se introdujo en ésta para burlar la vigilancia del agente. El señor Marvell debió sorprenderlo, y el fugitivo, perdiendo la serenidad, lo fulminó de un balazo. Todo coincide con la declaración de la señora Marvell. Después de descubrir el cadáver de su marido y de haber llamado a la policía, observó tras la ventana unos ojos que la estaban mirando. Ella lanzó un grito, y el hombre que había en el callejón huyó en el preciso instante en que la policía estaba llegando al escenario del crimen. Así pues, según el teniente Rennie, su

sencillo trabajo consiste en dar con el dueño de la maleta para tener al criminal».

Steve dejó de leer y soltó un prolongado lamento, mirando a su amigo.

—Conque no decía nada, ¿eh?

—¿Qué iba a ganar con sobresaltarte?

—¿Es que no te das cuenta? ¡Me están buscando! Me encerrarán en cuanto me echen la vista encima. Tengo que salir inmediatamente de la ciudad y esconderme.

—No harás nada de eso.

—¿Sí? ¿Qué es lo que se te ocurre?

—Vas a venir conmigo.

—Comprendo. Quieres entregarme y cobrar la recompensa.

—No seas estúpido. Voy a sacarte de este condenado lío aunque tenga que jugarme el pellejo.

Steve puso cara de circunstancias.

—Perdona, Jay.

—No hay de qué, muchacho. Anda, vamos ya.

—¿No crees que es mejor que me quedé?

—De ninguna manera. A solas terminarías por perder la serenidad y serías capaz de ir tú mismo a la policía para que te pusieran las esposas.

—Es posible.

—¿Dónde te alojabas últimamente?

—En el Oriental, pero ayer por la mañana me pusieron en la calle porque llevaba dos semanas sin pagar.

—Estupendo. Eso hará trabajar a los polis. ¿No te das cuenta? Buscarán por todos los hoteles y pensiones, y tú mientras tanto irás por la calle a cara descubierta. Es la mejor estrategia para librarte de ellos.

—Pero el señor Sprin, el gerente del hotel Oriental, dará mi descripción y esos condenados dibujantes de la policía harán un retrato mío. Vi en una película que lo hacen así.

—Detendrán a quinientas personas antes que a ti si siguen ese procedimiento. Los guionistas de Hollywood tienen una imaginación muy fantástica. —Jay consultó su reloj—: No podemos perder más tiempo. Los de la editorial están trabajando desde hace

dos horas y quiero pillarles antes del almuerzo.

Steve fue a echar a andar, pero al darse cuenta de que tenía todavía el periódico en la mano, dudó unos instantes hacia dónde debía tirarlo, y por fin lo metió debajo del colchón. Seguidamente salió tras su amigo, el cual cerró con llave desde el corredor.

Treinta minutos más tarde descendieron de un autobús que les dejó cerca del edificio donde se ubicaban las oficinas de Marvell.

—¿Cómo nos las arreglaremos para entrar? —preguntó Steve—. Les resultará sospechoso que empieces a hacer preguntas.

Jay contestó mientras observaba los comercios que había en aquel lado de la calle.

—No te preocupes. Trataré de dar con algo bueno. Sígueme.

Penetraron en una librería, y Jay se dirigió a una joven pelirroja que había tras un mostrador.

—Ustedes dirán, caballeros —dijo la empleada. Jay la obsequió con una sonrisa y repuso:

—Me gustaría echar un vistazo a uno de los libros publicados por la editorial del señor Marvell.

La joven frunció el ceño.

—¡Oh! Se refiere usted a la víctima de ese horroroso crimen...

—Desde luego —siguió sonriendo Jay—. Ya sabe usted lo que es la curiosidad.

—Lo siento, pero no conozco ningún libro que haya publicado la editorial Minerva.

—¿Se llama así el negocio del señor Marvell?

—Sí.

—¿Qué es entonces lo que editaba?

La joven exhibió la punta de su rosada lengua para humedecerse el labio superior y repuso:

—¿Quieren ustedes ir al mostrador de enfrente? El empleado que hay allí les atenderá.

Jay dio las gracias a la pelirroja, hizo una seña a Steve, y ambos pasaron al mostrador que les había sido indicado.

Llegados ante él dijo Jay al empleado:

—Oiga. La señorita de enfrente nos ha enviado aquí para que nos exhiba algo de lo que publicaba el señor Marvell, el tipo a quien enfriaron anoche.

El dependiente, un hombre de rostro sanguíneo y ojos saltones,

se frotó las manos mientras distendía los labios en una sonrisa. Luego, inclinándose, preguntó con voz meliflua:

—¿Clase especial o corriente?

—Corriente —contestó Jay sin saber a qué se refería.

El apoplético sacudió la cabeza en sentido afirmativo y dobló el espinazo para sacar una caja de cartón que puso delante de Jay sobre el mostrador. Éste pasó la cubierta y abrió la primera página. Se quedó boquiabierto contemplando dos fotografías en las que se exhibían dos modelos con muy poca ropa. Un par de chicas verdaderamente esculturales.

Steve Davis miró por encima del hombro de Jay y lanzó un silbido.

—¡Demonios! Ese Marvell sabía en qué entretenerse. ¡Pida la clase especial...!

Jay lo fulminó con la mirada y pasó la primera página. En la siguiente había otras dos fotografías, y así sucesivamente.

Las modelos se exhibían en bañador o con trajecitos confeccionados a propósito para realzar sus encantos. Desde luego, no había nada que se pudiera considerar como pornográfico.

—No están mal —dijo Jay, cuando se percató de la clase de mercancía que tenía entre las manos—. ¿A cómo vende cada tarjeta de éstas?

—A cinco centavos, señor; pero si se lleva una docena se ahorra usted diez centavos, porque sólo le costarán medio dólar.

—De acuerdo, amigo. Me llevaré una docena.

El joven eligió doce fotografías. En tres de ellas figuraba la misma modelo: una morena de rostro bello, figura armoniosa y largas piernas.

El empleado envolvió en un papel fino la compra e hizo el talón. Poco después los dos amigos abandonaban la librería.

Steve emitió un silbido y dijo:

—Será bonito eso de despertarse todas las mañanas y verse en la pared a esos bombones.

—No son para pegarlos en la pared —observó Jay.

—No te comprendo. ¿Para qué las quieres entonces?

—Vamos a hacer un experimento. Pero antes será conveniente que desayunemos —se habían detenido ante un bar que formaba parte del mismo edificio en que estaba instalada la editorial

Minerva—. Entremos aquí.

Penetraron en el local, y después de tomar posesión de una mesa libre se hicieron servir huevos con tocino frito y café con tostadas.

Estaban encendiendo un cigarrillo cuando de pronto Steve se pegó una fuerte palmada en la frente.

—Jay.

—¿Si?

—¡Aquella mujer! ¡La que llamó por teléfono cuando estábamos con el fiambre!

—¿Te refieres a Ina?

—Naturalmente. El diario no se refiere para nada a ella, y tú me dijiste que amenazó a Marvell si no iba a verla antes de las doce de la noche.

—Sí, amigo mío. Ella lo amenazó, pero daba la casualidad de que él ya estaba muerto. Steve se mantuvo pensativo durante unos instantes y por fin exclamó:

—¡Canastos, es cierto!

—Lo cual demuestra que ese editor tenía más de un enemigo.

Jay estaba mirando hacia la puerta, cuando entró una mujer morena, esbelta, de una perfección anatómica verdaderamente excepcional, con curvas para provocar un cataclismo.

Observó su rostro atractivamente bello y dio un respingo.

—¿Qué te pasa, Jay? —dijo Steve—. Yo no he notado nada en el café.

—No es el café, Steve.

Jay sacó del bolsillo las postales que había comprado en la librería y las desenvolvió rápidamente. Cogió una de las tres fotos de la morena y la comparó con la mujer que serpeaba por entre las mesas.

—¡Es la misma! —exclamó.

Steve siguió la dirección de sus ojos.

—¡Repámanos! Esa fulana la he visto yo en otra parte.

—Modera tu lengua, Steve —repuso Jay, sin apartar los ojos de la diosa—. Puede resultar una chica honrada.

La joven modelo vestía un vestido azul oscuro de escote cerrado, que contorneaba con eficacia su maravilloso busto. El cabello, partido en dos, rozaba sus hombros. Sus piernas eran largas, de torneado muslo ceñido por la falda y fino tobillo.

Jay la vio sentarse y sonreír al camarero que se había puesto a sus órdenes.

—Oye, Steve. ¿Te importaría quedarte solo un instante?

—¡Oh, no! —respondió el vendedor haciendo una mueca—. No te puedes ir de picos pardos de buenas a primeras. Recuérдалo: prometiste no dejarme solo... Me pongo muy nervioso. Hasta puedo presentarme yo sólo a la policía.

—Vamos, muchacho, no estaré muy lejos de ti. Nos separarán unas mesas nada más. Ella es mi objetivo.

—Lo estaba diciendo precisamente por eso.

—¿Es que no te das cuenta? Esa chica es una modelo de Marvell. Se nos presenta una buena oportunidad de ampliar conocimientos. Ahora estamos tan a oscuras que no sabemos dónde dirigir nuestros pasos.

—Está bien, Jay; pero no tardes mucho. Si veo aparecer por la puerta un agente uniformado soy capaz de atravesar estos muros.

Jay se levantó y dio unas palmadas afectuosas a su amigo en la espalda. Luego se dirigió resueltamente hacia la cocina.

Empujó la puerta y se coló dentro. Descubrió al camarero que atendía a la morena, el cual se encontraba poniendo unos platos sobre la bandeja.

Acercóse a él y le golpeó con el dedo índice en el hombro. El otro se enderezó, observándolo.

—¿Qué desea, señor?

Jay sacó un fajo de billetes mientras declaraba:

—Debe conocer mucho a la chica del vestido azul, a juzgar por como ella le sonrió. El mozo echó una ojeada a los billetes.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama? —Jay separó del fajo un billete de un dólar.

—Lizabeth Armour. Viene aquí todos los días por lo menos un par de veces.

—Su respuesta es exacta. Ganó usted un dólar. ¿Lo toma o lo deja? El camarero tragó saliva y repuso:

—Lo dejo.

—Magnífico. Atención a la próxima pregunta. ¿Venía sola como ahora o traía compañía masculina?

—A veces la acompañaba alguna amiga. La señorita Armour trabaja como modelo en la editorial Minerva, aquí al lado. También

la he visto alternando con un fotógrafo de la misma editorial. Se llama Vic Tamblyn.

—Se lleva usted el otro dólar, amigo, y apuesto a que tiene deseos de doblarlo.

—Sí, señor.

—¿Qué hay entre la señorita Armour y el fotógrafo?

—Yo diría que él está enamorado y que a ella le es él indiferente. La muchacha sufrió un rudo golpe hace algunos años. Tuve oportunidad de hablar con una de las otras modelos y me lo contó. La señorita Armour tenía un novio que pilotaba aviones a reacción, y el chico murió en Corea. Estaban a punto de casarse cuando ocurrió, y desde entonces creo que la señorita Armour no ha encontrado sustituto.

Jay frunció el ceño quedándose pensativo unos instantes. Por fin volvió a la realidad y separó otros dos dólares del fajo, aumentándolos a la primera pareja.

—¿Qué me dice de William Marvell?

—Muy poco, señor. Sólo nos visitaba de tarde en tarde.

—¿Venía con alguien?

—No, señor, siempre solo.

—Son suyos los ocho dólares. Jay sacudió la cabeza.

El camarero cogió el dinero y lo hizo desaparecer en el bolsillo del pantalón, diciendo:

—Si el señor organiza otro concurso, cuente conmigo.

—La próxima vez pasaré antes por la caja de un Banco... con una pistola.

Jay salió de la cocina y dirigióse con paso elástico hacia la mesa donde se hallaba esperando su almuerzo Lizabeth Armour.

La joven fumaba un cigarrillo, mirando con aire ausente a un punto del espacio.

Jay simuló que iba a pasar de largo por su lado. De pronto se detuvo y exclamó, arrastrando las sílabas:

—¡Li-za-beth

Ar-mour!

—hizo una pausa cuando ella le miró parpadeante y añadió—: Desde luego que lo es.

La joven lo observó perpleja.

—Perdone..., ¿me conoce? Estoy segura de que...

—Desde luego, señorita Armour. Yo la conozco a usted, pero usted a mí, no.

—No le comprendo.

—Tiene una explicación muy sencilla. Soy uno de los compañeros de su prometido. El me enseñó su fotografía.

Lizabeth entreabrió los labios.

—¡Un compañero de Tommy!

—Sí, señorita Armour —convino Jay, lanzando un respiro porque ella hubiese dicho el nombre—. Tommy y yo nos las tuvimos que ver en aquel condenado lugar.

—¡Santo cielo! ¿Cuál es su nombre?

—Jay Chandler.

—Jay Chandler —repitió. Frunció las cejas—. Lo siento, pero no creo que Tommy me hablase, nunca de usted.

—Bueno, probablemente él no tuvo ningún hueco en sus cartas para hablarle de un tipo como yo. Estoy seguro de que tendría otras cosas más interesantes que decirle.

Las mejillas de la joven se colorearon, y Jay juró para sus adentros que el pudor aumentaba la belleza de su rostro.

—¿Quiere sentarse, señor Chandler?

—Si me lo permite —Jay ocupó una silla frente a ella—. Vine aquí por casualidad, y ahora doy gracias al destino porque me ha permitido conocerla.

—¿Sigue en el ejército?

—Oh, no. Un tío mío se empeñó en que me licenciase.

—¿A qué se dedica?

—Mi tío tiene pescaderías en Terranova y me confió la fabricación del aceite de hígado de bacalao. —Guardó un silencio y se apresuró a decir—: Hábleme de usted, Lizabeth, si me permite.

—Desde luego que sí, Jay —la muchacha sonrió—. Mi historia, desde que perdí a Tommy, carece de interés.

Jay observó la mano izquierda de ella. No llevaba ningún anillo.

—¿Se ha mantenido fiel a su memoria? —preguntó.

Ella sacudió la cabeza en sentido afirmativo, y como si quisiera apartar amargos recuerdos dijo:

—Trabajo cerca de aquí, en la editorial Minerva. Soy modelo. Es un trabajo fácil y lo pagan bien. Lo único que ocurre es que hay gente que opina mal de nosotras sin pararse a pensar que en el

mundo hay de todo.

—Desde luego —Jay arrugó el entrecejo—. ¿Ha dicho usted Minerva?

—Sí.

El joven hizo chasquear los dedos.

—¿Dónde he oído yo ese nombre?

—Quizá haya sido esta misma mañana. Uno de los socios fue asesinado anoche.

—¡Eso es! ¡Se llamaba William Marvell! Liz dio un suspiro.

—Hoy era mi día libre y me han citado para que me presente dentro de diez minutos. Naturalmente es la policía.

—Oh... ¿Acaso creen que usted puede aportar algún dato para la solución del crimen?

—No lo sé —respondió ella con voz prudente.

Jay tuvo la sensación de que la joven sabía algo que a él le interesaba y se propuso sacárselo. Sonrió y dijo:

—He leído en el diario que las sospechas recaen en un vendedor ambulante de uno de esos supuestos líquidos mágicos, una loción crecepelelo.

—Sí, conozco la hipótesis de la policía.

—No parece que la convenza mucho.

—No quiero acusar a nadie, pero el señor Marvell llevaba una vida muy complicada.

—¿Sabe que me piro por las novelas de misterio?

En aquel momento el camarero llegó a la mesa y puso ante Lizabeth un plato de champiñón. Luego miró a Jay con un gesto vago y se marchó.

—¿No toma usted nada, Jay? —preguntó ella.

—Ya lo hice en la barra. Estaba allí cuando la vi entrar. Tuve la impresión de que era una persona conocida, pero quise cerciorarme y me acerqué.

Lizabeth empezó a comer el champiñón y él encendió un cigarrillo.

La joven había comido solamente la mitad del contenido del plato cuando puso el cubierto encima y lo apartó.

—La noticia de la muerte del señor Marvell me ha quitado el apetito.

—¿Tanto la preocupa, Liz?

—Lo comprobará en seguida. Uno de los fotógrafos de la editorial juró hace unos días matar a Marvell. Se llama Tamblyn y es muy amigo mío.

—¿Acaso discutieron los dos?

—Sí, y existe una buena razón para ello. Vic es uno de los mejores fotógrafos en su profesión. El fotógrafo es la parte más esencial en el negocio a que se dedicaba el señor Marvell. Es él quien se ocupa de elegir las modelos, de sugerir los figurines, de imaginar los decorados... Vic posee una habilidad realmente genial para esta clase de fotografías. A él se debe la prosperidad de Minerva. Tanto es así, que sus propietarios, William Marvell y Dirk Kellog, le prometieron hace un año asociarlo en el negocio.

—¿Y no lo cumplieron?

—Pasó el plazo que el señor Marvell había señalado sin que al parecer se acordase de su promesa. Entonces, Vic habló particularmente con Dirk Kellog, el otro socio. Kellog le dijo que no había sido culpa suya, que él estaba dispuesto a firmar el contrato de sociedad con Vic dentro de ella. Incluso tranquilizó a Vic diciéndole que hablaría personalmente con Marvell.

—¿Y qué resultó de esa conversación particular?

—A Marvell nunca le fue simpático Tamblyn. Eran dos caracteres que se repelían. Lo cierto es que Marvell se negó en redondo a dar una participación en el negocio a Vic.

—¿Kellog se lo comunicó a Vic?

—Sí. Y entonces Vic quiso entrevistarse personalmente con Marvell, pero no lo encontró en su despacho. Todo eso ocurrió hace una semana. Vic, furioso, se fue a casa de Marvell, pero allí sólo estaba su esposa Lory.

—¿Y su marido?

—Acababa de marcharse de Nueva York. Preparó su equipaje y le dijo a Lory que tenía que entrevistarse con alguien en Detroit por motivos del negocio. No regresó hasta ayer por la mañana.

—¿Acudió a la editorial?

—No, se pasó el día en casa. Pero telefoneó a Kellog comunicándole que había regresado de su viaje un poco enfermo y que hasta hoy no pasaría por la editorial.

—¿Sabía Vic que Marvell había regresado?

—Sí. Ayer, poco antes del almuerzo, me estaba haciendo una

foto cuando entró Kellog en el estudio. Se lo comunicó en mi presencia.

—¿Cómo reaccionó Vic?

—Aparentemente no dejó traslucir ninguna emoción. Sobrevino un largo silencio. Jay preguntó:

—¿Conoce las andanzas de Vic anoche?

—Solamente hasta las seis. Vic y yo salimos juntos de la editorial. Me había propuesto sugerirle que me invitase a cenar. Quería estar el mayor tiempo posible a su lado. Tenía miedo de que la soledad le hiciese concebir malos propósitos respecto a Marvell. Aquel día en que no encontró a Marvell en su casa regresó a las oficinas un poco bebido, y dijo que cuando volviese Marvell de su viaje le obligaría a cumplir su promesa o lo mataría.

—¿Cree que Vic es un hombre capaz de llevar a cabo una amenaza de esa índole?

—Estando sereno, desde luego no lo creo.

—Bebe, ¿eh?

—Sí, a veces lo hace.

—¿Y qué ocurrió ayer cuando ustedes se marcharon juntos?

—No conseguí que me invitase. Dijo que había quedado citado con unos amigos para jugar al póquer. Debía darse prisa porque la hora convenida para la reunión era las siete. Entonces pensé que no tenía motivos para preocuparme por el momento, y le dije que me llevase a casa. Luego él se marchó solo. Anoche, sobre las diez, me visitó el teniente Rennie, de la Brigada de Homicidios. Me comunicó que Marvell había aparecido asesinado en su propia casa. Me preguntó si sabía dónde podría encontrar a Vic. El teniente había ido a su apartamento, pero no lo halló. Yo le dije que había ido a jugar una partida con los amigos, pero que desconocía dónde pudiera estar. Por fin el teniente se despidió rogándome acudiese esta mañana a la diez a la editorial. Cuando quedé sola me apresuré a llamar al apartamento de Vic, pero no cogieron el auricular. Permanecí despierta, junto al teléfono, repitiendo mi llamada cada hora, pero a las tres de la madrugada Vic no había regresado todavía. Dormí hasta las ocho y de nuevo intenté ponerme en contacto con él, pero el teléfono de su casa siguió sonando infructuosamente.

—¿Y si Vic lo hubiese matado y luego, al darse cuenta de su

acto, hubiera huido de la ciudad?

—Oh, no. Estoy segura de que Vic no ha sido.

—¿Y si hubiera bebido demasiado, hasta el punto de no darse cuenta de lo que hacía? Usted misma ha dicho...

—Sí, ya lo sé —Liz se mordió el labio inferior y de pronto consultó su reloj—. Oh, ya es tarde.

Se levantó y Jay también se puso en pie.

El mozo que había ganado los ocho dólares vino hacia la mesa. Chandler sacó los pocos dólares que le quedaban en el bolsillo, preguntó el importe de la consumición y la abonó agregando una propina.

La joven le tendió la mano.

—Celebro haberle conocido, Jay.

—El placer ha sido mío, Liz. Quizá nos volvamos a ver.

—Lo celebraré. Adiós.

La joven cruzó airoosamente el salón y ganó la salida del establecimiento. Entonces, Jay se dirigió hacia la mesa donde lo esperaba su amigo y sentóse a su lado.

—Demonios, muchacho —dijo Steve—. ¿Cómo te las has arreglado para ganar su confianza?

—Todo es cuestión de un poco de práctica.

—¿Es ella quien nos va a pagar por nuestro trabajo?

—No, todavía no tenemos cliente.

A continuación, Jay contó a su amigo el procedimiento de que había echado mano para poder sonsacar a la joven y todo lo que ésta le había comunicado.

—Bueno —dijo Steve soltando un suspiro—. El asunto está tan claro como el agua. Ese condenado fotógrafo se presentó borracho en casa de Marvell y lo liquidó descerrajándole un tiro. Apuesto a que a estas horas está tan asustado como un ratón. No tengo por qué preocuparme, ¿verdad, Jay?

—Desde luego, compañero. Jay se levantó anunciando:

—Nos vamos.

—¿A dónde?

—Creo que nos conviene dar una vuelta por la cueva del lobo.

—¿Quieres decir que vamos a ir a esa editorial?

—Desde luego, muchacho. Hemos de conocer al resto de los personajes.

—¡Pero allí también estará la policía!

—¿No está ya claro todo? Tú lo has dicho. El asesino no eres tú.

Steve se levantó a regañadientes y siguió a Jay a la calle. Poco después descendían del ascensor en la planta donde se ubicaban las oficinas de la Editorial Minerva.

Había una puerta en la que un letrero decía: «Empuje sin llamar». Jay empujó.

Los dos amigos penetraron en una estancia donde había tres empleados aporreando sendas máquinas. Una valla separaba el lugar en que trabajaban del destinado a los clientes.

Jay eligió a la joven que tenía más cerca, una pelirroja muy pródiga en mostrar sus encantos a juzgar por el gran escote cuadrado de su vestido verde botella.

—Buenos días, tesoro —la saludó Jay.

Ella levantó la mirada, y tras someter a su interlocutor a un ligero examen preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

Jay dejó resbalar sus ojos por la fina piel de la muchacha, pero evitó hacer un chiste fácil y dijo, al tiempo que mostraba las postales que había adquirido en la librería:

—Queremos ver al amo; se trata de un pedido en gran escala.

—El caso es, señor...

—Chandler, Jay Chandler.

—Pues verá, señor Chandler. Ha ocurrido algo muy lamentable. Uno de los socios de la casa ha muerto... asesinado.

—¡No me diga!

—Sí, señor Chandler. Usted comprenderá... ¿No puede usted aplazar su visita para otro día? Quizá mañana o pasado...

—Oh, eso es imposible. Mi amigo y yo hemos venido expresamente de Buffalo para ventilar este negocio y tenemos que regresar allí hoy mismo. Usted ha hablado de la muerte de uno de los socios. No veníamos buscando a nadie concretamente, de modo que supongo que habrá alguien en la casa con el que se pueda hablar.

—Desde luego, está el señor Kellog.

—Estupendo. Mi abuela decía que todo en este mundo tiene arreglo.

La pelirroja se mantuvo vacilante unos instantes y finalmente se

puso en pie.

—Hablaré con el señor Kellog.

Se alejó moviendo cadenciosamente las caderas y desapareció por la puerta del fondo en la que había grabada con letras metálicas la palabra Dirección.

Steve murmuró casi al oído de su amigo:

—Escapemos de aquí ahora que es tiempo.

—Tranquilízate, todo saldrá bien. Cambiaré tu nombre. La pelirroja tardó otro minuto en reaparecer.

—El señor Kellog los recibirá. Hagan el favor de pasar.

CAPÍTULO IV

Cruzaron a la otra parte y se internaron por un corredor donde había unos cuantos despachos cerrados. El primero estaba destinado al señor Marvell, y sobre la puerta del segundo se indicaba que era donde trabajaba el señor Kellog.

Dirk Kellog era un hombre de unos treinta y ocho años de edad, alto, rubio, de rasgos faciales correctos. Vestía un traje que debía de haber costado un puñado de dólares a juzgar por su corte y la calidad del paño.

Salió al encuentro de los posibles clientes y les estrechó la mano.

—Celebro conocerle. Yo soy Jay Chandler —dijo el joven—. Y éste es mi socio Heriberto Ramírez.

—Lamento que su visita coincida con las dolorosas circunstancias que nos afligen en estos momentos —murmuró Kellog—. Ustedes ya sabrán...

—Su empleada nos lo indicó. Reciba nuestra condolencia... Supongo que a estas horas habrán atrapado ya al asesino.

—Sí, debe estar ya entre rejas. Se trata de un vulgar vendedor callejero. Steve dio un respingo, y Jay le dirigió una mirada tranquilizadora.

—¿Quieren sentarse, por favor? —ofreció Kellog.

Los dos amigos ocuparon sendos sillones, y Kellog dio la vuelta a una larga mesa y los hizo frente a ellos.

—La señorita Martin me ha hablado de que quieren ustedes hacernos un importante pedido —empezó a decir.

—Desde luego, señor Kellog —asintió Jay, y exhibió de nuevo sus postales—. Me ha llamado la atención la mercancía de ustedes y creo que nos va a ser muy útil a nosotros.

—La señorita Martin me ha adelantado que son ustedes de

Buffalo. ¿Puedo preguntar qué es lo suyo?

—Desde luego. El señor Ramírez y yo somos unos de los más fuertes tratantes de ganado porcino del Medio Oeste. Nuestra especialidad son los jamones.

—Muy interesante —dijo Kellog.

Steve Davis miraba a su amigo con ojos de asombro.

—Verá, señor Kellog —dijo Jay, arrellenándose en el sillón—. En todos los negocios de gran envergadura lo importante es aumentar el índice de ventas. Sólo con este incremento se puede ganar dinero.

—Estamos de acuerdo, señor Chandler.

—Pues ahí lo tiene. Sus fotografías nos van a ayudar a nosotros a lograr ese objetivo. Kellog hizo una mueca de perplejidad y estiró el cuello.

—Perdone, señor Chandler, pero palabra que no veo la relación que pueden tener nuestras fotos con sus jamones.

—Le expondré seguidamente mi idea —Jay mostró en alto una de las postales—. Obsérvela, señor Kellog.

—La estoy mirando.

—¿Qué ve en ella?

Kellog estaba cada vez más perplejo.

—Una chica en bañador...

—Ahí está el detalle, señor Kellog.

—¿En el bañador?

—No, hombre, no. Fíjese bien en las piernas, concretamente en el muslo. Algo verdaderamente admirable. ¿No le parece?

—Desde luego. Nos hemos preocupado por encontrar buenas modelos, pero sigo sin comprender.

—Es la mar de simple, Kellog.

—¿Quiere decir que va a establecer una comparación entre sus jamones y los muslos de nuestras modelos?

—Oh, no, señor Kellog —Jay hizo una mueca—. ¡Eso sería absurdo! Mi idea es mucho mejor. A cada comprador de un jamón lo obsequiaremos con una de estas postales. Las tarjetas llevarán un número y cada seis meses haremos un sorteo. El comprador que sea poseedor del número premiado tiene derecho a pasar quince días de vacaciones con la modelo que aparezca en su postal. ¿Se da cuenta?

Kellog sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a secarse el sudor que le bañaba la frente. Su confusión iba en aumento. No quería dar

crédito a lo que oía.

—Pero las modelos son nuestras, señor Chandler —objetó.

—Desde luego, amigo Kellog; pero estoy seguro de que eso no será obstáculo. Esas vacaciones las pagaremos nosotros y, naturalmente, haremos saber al ganador que no se puede propasar con la chica. Mi socio y yo somos defensores de la más estricta moralidad.

Steve Davis se había empequeñecido en el sillón, previendo que Kellog saltase de su asiento de un memento a otro para arrojarlos de aquel despacho.

De pronto repiqueteó el teléfono que había sobre la mesa, y Kellog se lanzó a cogerlo como si fuese su salvavidas.

—Diga... ¡Oh! —Levantó la vista, mirando precavidamente hacia sus dos visitantes—. No, ahora no... Los estoy esperando. No podrá ser antes de las doce... ¿La Luciérnaga Azul? De acuerdo. Sí..., no faltaré.

Colgó y dirigió una sonrisa a Jay.

—Un cliente que tiene prisa —se excusó—. Me decía usted, señor Chandler.

—Lo del concurso. ¿Se ha percatado de que también ustedes saldrían beneficiados? La fotografía de la modelo agraciada se vendería por miles en nuestro país. Ya sabe, a la gente le gustan todas estas cosas en que juega el azar.

—Pero, señor Chandler, nosotros no nos dedicamos a la publicidad. Yo creo que usted puede conseguir lo que quiere dirigiéndose a cualquiera de las muchas agencias que existen. Conozco una, Somos los ojos del Mundo, que dirige un amigo mío, Raymond Banzie, y estoy seguro de que a él le gustará su idea. Ahora mismo lo llamo.

Jay estuvo a punto de soltar una carcajada, pero logró contenerse.

—¿Agencia Somos los ojos del Mundo? —dijo Kellog por el micro—. Póngame con el señor Banzie... ¿Raymond...? Aquí Dirk Kellog. Oye; te llamaba porque aquí tengo dos jamones, digo dos caballeros, que creo necesitan de tus servicios. Han pensado algo original para la publicidad de su negocio y creo que tú les atenderás como es norma en ti. Te los mando, Raymond. De nada, muchacho. Hasta la vista.

Kellog dio un suspiro y dijo sonriendo:

—¿Ve, señor Chandler? Todo está arreglado. El señor Banzie se ocupará de todo lo relacionado con ese concurso que a usted se le ha ocurrido.

Zumbó el dictáfono y Kellog dio vuelta a la llave:

—Diga, señorita Martin.

—Acaban de llegar el teniente Rennie y el sargento Callaghan — anunció la pelirroja desde el otro lado.

Steve se puso en pie de un salto, y Kellog lo miró sobresaltado.

—¿Qué le ocurre, señor Ramírez?

Steve gimió para sus adentros y al final dijo:

—¡Una pulga...!, ¡debe ser como un elefante! Me ha soltado un picotazo aquí detrás.

—¿Una pulga? —Los labios de Kellog se estremecieron—. Lo siento, señor Ramírez pero le aseguro que todos los días limpian este despacho.

—Quizá la trajo él encima —dijo Jay—. Ahora se la lleva y quedamos en paz. Kellog miraba a uno y otro en el colmo de la estupefacción.

La voz de la señorita Martin se dejó oír otra vez.

—¿Qué les digo, señor Kellog?

El socio de Marvell no pudo resistir la tentación de quitarse de encima a sus dos visitantes y exclamó:

—¡Qué pasen en seguida!

—¡No! —gritó Steve, y al ver la mirada que le dirigía Kellog se apresuró a agregar—: No creo que debamos quedarnos más tiempo aquí. ¿Verdad, Jay?

La puerta se abrió de repente dando paso a dos hombres. Kellog se apresuró a adelantarse hacia ellos sin dejar de enjugarse el sudor de la frente con el pañuelo.

—¿Qué tal, teniente Rennie? ¿Cómo le va, sargento?

El teniente Rennie aparentaba unos cuarenta años y era de estatura regular, cabeza muy pequeña y nariz afilada. Al verlo, Jay recordó a un grillo que había enjaulado, en su infancia y al que alimentó durante semanas con jugo de tomate.

El sargento Callaghan era grandote, robusto, de unos treinta años de edad. Tenía la cara de un boxeador al que los puñetazos recibidos hubiesen obligado a retirarse del *ring*.

Kellog estrechó las manos de los dos policías con un entusiasmo feroz al tiempo que miraba de soslayo a los dos clientes que estaban atrás.

El teniente y el sargento observaron con el ceño fruncido a Jay y a Steve, y el primero de ellos dijo:

—¿Son de la casa también?

—No, teniente. Sólo dos clientes —Kellog hizo una pausa—. ¿Lo cazaron ya? Rennie negó con la cabeza.

—Tuvimos mala suerte. Ese vendedor había sido expulsado de su hotel por falta de pago, pero no podrá escapar. A estas horas debe estar escondido en algún sitio, pero cuando tenga hambre saldrá a la calle y entonces... —El teniente hizo un chasquido con los dientes, y Steve Davis se estremeció al tiempo que hundía la cabeza entre los hombros.

—¿Ha reunido usted al personal como le dije? —preguntó luego Rennie.

—Sí, todos deben estar en el estudio.

Jay hizo una seña a Davis, indicándole que debían abandonar aquel lugar.

—Encantado de conocerlo, señor Kellog —dijo el joven cambiando un apretón de manos con el socio de Marvell.

Éste se despidió de los dos amigos, contento de librarse de ellos.

—La agencia del señor Banzie está en la calle Catorce, justo antes de llegar al cruce con la Setenta.

Jay y Steve se dirigieron hacia la puerta. De pronto el sargento Callaghan exclamó.

—¡Eh, usted!

Jay se volvió mientras Steve se quedaba clavado.

—¿Me dice a mí? —preguntó Jay.

—No, a su compañero.

El sargento echó a andar bajo la mirada curiosa de todos y se detuvo ante Steve.

—¿Quiere hacer el favor de volverse? Steve se volvió.

—¿Dónde estaba usted la noche del veintitrés de febrero? —preguntó el sargento.

—Hace tanto tiempo de eso... —empezó a decir Steve tranquilo.

—Sólo ha transcurrido un mes desde entonces —dijo Callaghan, poniendo los brazos eh jarras.

—Estaba conmigo en Buffalo —intervino Jay.

—¿De veras...? —preguntó incrédulo el sargento—. ¿Qué es lo que hacía allí?

—Contábamos jamones —Jay estiró el brazo apuntando a Dick—. El señor Kellog se lo puede decir.

Kellog meneó la cabeza confusamente.

—Desde luego se dedican a eso, sargento. Son dos de los más fuertes comerciantes de ganado porcino del Medio Oeste. El señor Chandler y el señor Ramírez.

—¿Ramírez, eh? —dijo el sargento.

Steve sacudió la cabeza hasta golpearse el pecho con la barbilla. Jay preguntó con voz amable:

—¿Qué es lo que pasó el veintitrés de febrero por la noche, sargento?

—El vampiro de Brooklyn hizo otra de las suyas. Estranguló a una mujer. Ya es la tercera que se carga en un año. Es un criminal al que no se ha podido ver nunca, y nuestros dibujantes han hecho un retrato de él de acuerdo con los pocos datos suministrados. Tiene bastante parecido con su amigo.

—Hay gente que se parece —dijo Jay—. Ya ve usted, mi amigo se hubiese encontrado en un atolladero de no estar yo con él. Adiós, sargento.

Jay y Steve salieron del despacho. Al pasar frente a la pelirroja, Jay se dobló sobre la valla y dijo:

—¿Cuál es el número de su teléfono?

—¡Señor Chandler! —exclamó ella, mirándole con reconvención—. Tenemos prohibido...

—Lo prohibido es siempre lo más bueno. Ella sonrió y bajó la voz diciendo:

—Dos, siete, cuatro, tres, nueve, cero.

Jay repitió para sí, moviendo los labios, la numeración. Luego guiñó un ojo a la joven, y al volverse descubrió que Steve no estaba a su lado. Hizo un saludo con la mano y escapó corriendo.

Encontró a Steve en el corredor apoyado en la pared, con las piernas dobladas como si fuera a caer al suelo, y tuvo que sostenerlo.

—Vamos, muchacho. ¿Qué te pasa?

—Siempre me dijeron que yo era un tipo fuerte, pero ahora creo

que empiezo a padecer del corazón.

—No ha pasado nada, Y cierra la boca, nos pueden oír. Descendieron en el ascensor y salieron a la calle.

—Conque no ha pasado nada, ¿eh? —dijo Steve—. ¿Es que no has oído al sargento? Ha creído que yo era ese vampiro de Brooklyn.

—Lo convencí de que estaba en un error.

—Pero eso no servirá de nada cuando sepan qué yo soy el vendedor que andan buscando. ¿Te das cuenta, Jay? Dirán que yo maté a Marvell, que estrangulé a esa mujer la noche del veintitrés de febrero, y que también asesiné a las otras dos.

—Serénate, muchacho.

—Terminaré por cargarme todos los crímenes que no han resuelto en los cinco últimos años. Si no me asan en la silla eléctrica por uno, me freirán por otro.

—Siempre tendrás una coartada.

—¡Oh! Ni siquiera recuerdo lo que hice la semana pasada. ¿Por qué no nos largamos de aquí, Jay?

—No tenemos dinero. Se agotó.

—Pero hay trenes de mercancías. Tengo un amigo que ge pasa todo el año viajando. Se da una vida de rey. También nosotros podemos hacerlo.

Jay cogió a su amigo del brazo y cruzaron a la otra parte de la calle.

—No, Steve. Nos vamos a quedar y echaremos mano al asesino.

—¡Si continuamos lo mismo que estábamos!

—Es lo que tú crees.

Jay se detuvo para buscarse en los bolsillos y consiguió sacar un par de dólares.

—Bueno, creo que tendremos bastante.

—¿Para qué?

—Iremos a La Luciérnaga Azul. ¿No lo recuerdas? Es donde Kellog se citó con su cliente, el que interrumpió nuestra conversación llamándole por teléfono.

—¿Y qué nos importa a nosotros lo que pueda hablar con ese cliente?

—Mucho, Steve, Da la casualidad que yo conozco La Luciérnaga Azul, y no es un establecimiento que se caracterice porque en él se

realicen negocios. Hace unos cuantos meses llevé allí a una chica. El sitio me lo recomendó un amigo. Es un establecimiento estupendo para cierta clase de citas.

—¿Quieres decir que el cliente de Kellog será una mujer?

—Y te apuesto doble contra sencillo, desde ahora, que no es tal cliente. Vamos, aprisa. Aquel autobús que llega nos dejará cerca.

Veinte minutos más tarde los dos amigos penetraban en La Luciérnaga Azul. Era un local reducido, con una barra al borde y no más de media docena de mesas, pero a la derecha había unas cortinas, y Jay sabía lo que había tras ellas.

El joven hizo una seña a un mozo, y cuando éste acudió a la llamada, sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y quedó con ella en la mano sopesándola.

—¿Qué desea, señor? —preguntó el empleado echándole una interesada mirada a la cartera.

—¿Cómo te llamas?

—Bill, señor.

—Muy bien, Bill. La cuestión es ésta. Dentro de un rato vendrá aquí mi hermano. Es un tipo rubio, bien parecido, que viste un traje gris y lleva un bigotito muy recortado. Resulta que nos ha salido la oveja negra de la familia. Está casado y... bueno, se ha citado aquí con otra. Yo sólo pretendo llevarlo al buen camino —Jay hizo una pausa para observar que el mozo estaba siguiendo su explicación con interés—. El tontaina de mi hermano está preparando su fuga con la otra, y tenemos que impedirlo cueste lo que cueste. Necesito tu ayuda para conseguirlo.

—Cuente conmigo, señor; pero no sé si yo...

—Puedes hacer mucho, Bill. ¿Qué te parece mi idea? Conozco vuestros reservados. He sido cliente de la casa y sé que en cada uno de ellos hay un sofá. Yo me escondo debajo, y tú solo tienes que llevar allí a mi hermano y luego a la otra. De esa forma me entero de lo que traman y les deshago el plan. Naturalmente, no habrá escándalo aquí. Mi hermano tiene que regresar a casa para hacer el equipaje, y será entonces cuando ajuste cuentas con él.

El mozo vaciló unos instantes, mientras Jay golpeaba la cartera con la palma de la mano.

—Estoy conforme, señor. Pero sólo porque se trata de su hermano. Jay guiñó un ojo a Steve.

—Será mejor que tú te marches a la otra parte de la calle; ya sabes, a la acera de enfrente. Si mi hermano te ve por aquí, se viene abajo nuestro plan.

Steve afirmó con la cabeza, contento de salir del establecimiento. Empezaba a tener miedo cada vez que Jay abría la boca.

En un momento desapareció por la puerta.

El camarero hizo una indicación a Jay y éste fue tras él. Cruzaron las cortinas y se internaron por un corredor.

Bill abrió la puerta del tercer reservado y se quedó esperando mientras clavaba la mirada de nuevo en la cartera que exhibía Jay. Éste le sonrió diciendo:

—Después, muchacho. Tengo que asegurarme de que vas a cumplir —se coló dentro y cerró a sus espaldas.

Sentóse en el sofá y encendió un cigarrillo.

No transcurrió mucho tiempo. Oyó pasos en el corredor y un suave carraspeó emitido por Bill.

Inmediatamente aplastó el cigarrillo en el cenicero que había sobre una mesa, tendióse en el suelo, junto al sofá, dio una vuelta y se escondió debajo.

Cuando la puerta se abrió pudo ver los pantalones grises de Dirk Kellog. Éste se enfrentó con Bill, que había quedado en el umbral, y le anunció:

—Estoy esperando a una mujer de cabellos rubios. Viste traje sastre y en la solapa llevará un clavel rojo. Condúzcala aquí.

—Descuide, señor.

—Tráigame entretanto un Martini.

El mozo se fue y Dirk Kellog empezó a pasear por la estancia nerviosamente. Pasaron cinco minutos y Bill regresó con el Martini. Kellog quedó otra vez solo y se puso a beber. No había transcurrido más de un minuto cuando la puerta se abrió otra vez, y Jay, desde su observatorio, pudo observar unos zapatos de tacones altos, unos tobillos finos y unas maravillosas pantorrillas enfundadas en medias color carne.

Apenas la puerta se hubo cerrado a espaldas de la mujer, los pies de ella se movieron rápidamente hacia Kellog.

—Oh, Dirk, esto es terrible.

Jay sintió que el corazón le daba un vuelco. Aquella voz le era

conocida.

—Tienes que serenarte, querida —dijo Kellog.

—Lo he intentado, pero cada vez estoy más asustada, Dirk.

—No hemos debido citarnos. Es peligroso. La policía te puede estar vigilando.

—Me cercioré de que no me seguían.

—Yo también. El teniente Rennie cree tener solucionado el caso. Para él todo consiste en cazar a ese vendedor. —Kellog emitió una risita.

—Pero tú y yo sabemos... La mujer se interrumpió.

Jay se puso boca arriba bajo el sofá y trató de buscar una posición desde la que pudiera ver el rostro de la dama, pero Kellog la estaba cubriendo y sólo pudo ver las anchas espaldas del socio de Marvell.

—¿Qué es lo que sabemos? —retrucó Kellog—. ¿Que el vendedor no lo mató...? No, querida; no podemos asegurar la inocencia de ese desconocido. En este mundo las cosas suceden muchas veces por casualidad. Ha podido ocurrir como la policía cree. El vendedor se metió allí asustado, buscando refugio. Marvell lo sorprendió, hubo pelea, y el charlatán hizo uso de la pistola.

Hubo un largo silencio.

—¿Has sido tú, Dirk?

—¿Yo...? ¿Cómo puedes admitir semejante idea?

—Perdona —la mujer titubeó de nuevo y se separó de él.

Jay parpadeó unas cuantas veces al ver frente a sus ojos a la esposa de William Marvell.

Kellog fue tras Lory, y cogiéndola por los brazos la hizo girar.

—¿Crees verdaderamente que he sido yo, Lory?

La rubia sacudió la cabeza y llevóse una mano a la cara.

—Me parece que todo lo que está ocurriendo es absurdo, Dirk.

—Es cierto que yo te quiero, que tú me correspondes y que el único obstáculo a nuestro amor era William. Pero tú sabes también que pensábamos hacer las cosas de la mejor forma. Jamás he sido partidario de la violencia.

—Pero nos falló todo cuando mi marido se negó a concederme el divorcio. Entonces dijiste que de todas formas conocías un medio para desembarazarte de William.

—Comprendo. Y tú creíste que me refería al asesinato —la voz

de Kellog mostró una gran decepción—. Es lamentable, muy lamentable.

—Lo siento, Dirk.

—Está bien; creo que tal cómo están las cosas vale la pena que te lo explique —Dirk hizo una pausa—. Al decir que de todas formas me desembarazaría de William, no me refería a que lo quitaría de en medio de un balazo. Existía un medio legal y expeditivo. El presentarte pruebas concluyentes de que William te engañaba con otra mujer.

—No, Dirk; eso sí que no lo puedo creer.

—Tú siempre has pensado que él te era fiel.

—Desde luego.

—Pobre pequeña. William te engañaba.

—No, Dirk.

—Sí, querida. Yo mismo lo he comprobado. No hay lugar a dudas. Te convencerás en seguida. Sorprendí varias veces a William hablando por teléfono. Al principio creí que era contigo, pues al otro lado había una mujer. Esas cosas se saben por mucho que se quiera disimular. Cuando él se negó a concederte el divorcio, me acordé de aquello y decidí obrar en consecuencia. Contraté a un detective privado, un tal Jack Cochran, para que siguiera a tu marido. Apenas llevaba tres días trabajando, cuando me dio el primer informe. Mis sospechas eran fundadas. Marvell se entendía con una mujer llamada Ina Baxter.

—Ina Baxter —repitió Lory—. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Tu marido era un hombre que sabía guardar un secreto. Probablemente se veía con esa Baxter desde hace tiempo.

—Me parece fantástico. Aunque no quería a William, me figuraba que él estaba muy enamorado de mí. Fue la razón que alegó para no concederme el divorcio.

—Fue una simple disculpa. El verdadero motivo era otro.

—¿Cuál, Dirk?

—Te necesitaba para satisfacer su afán por el exhibicionismo. Tú eres una mujer única, Lory, y él no quería prescindir de ti. Gozaba con llevarte a un salón para que las miradas de todos los presentes recayesen en la mujer hermosa que llevaba al lado, y de rechazo en él. Sabía que era envidiado por tu causa y que por tanto tú

significabas para él una buena inversión.

Transcurrieron unos segundos. Lory preguntó:

—¿Qué más pudo descubrir en concreto tu detective?

—No tuvo muchas oportunidades. Hizo un descubrimiento el día anterior al en que Marvell se marchó a Detroit, la semana pasada. Cuando me rindió el informe le dije que necesitaba pruebas, y él me aseguró que las tendría en cuanto Marvell volviera de su viaje y pusiese los pies en el departamento de Ina Baxter.

Lory se separó otra vez de Kellog y se acercó al sofá. Jay tuvo que meterse dentro, contra la pared.

La joven se sentó murmurando:

—No estaba preparada para esto, Dirk.

—Suponía que te sorprenderían mis noticias.

—¿Cuál es el domicilio de Ina Baxter?

—Calle Sesenta y cuatro, número ciento treinta y dos. Supongo que no pensarás en ir allí.

—No lo sé.

—¿Qué ibas a adelantar con ello?

—Quizá debemos decírselo a la policía al menos.

—Oh, no, Lory. No me parece conveniente.

—¿Por qué?

—¿Y por qué liar las cosas cuando resultan tan simples?

—Ya sé, el vendedor.

—No solamente lo digo por él, sino por Vic Tamblyn.

—¿Qué pasa con él?

—También ha podido matar a tu marido.

—Oh, no. Eso sí que no.

—¿Tú estás enterada de que él amenazó a William?

—Sí; mi propio marido me lo contó. Me dijo que la noticia se la habías dado tú.

—Lo quise advertir.

—Conozco desde hace algunos años a Vic y me parece un hombre completamente inofensivo.

—Son los peores, Lory, cuando no pueden sujetar los nervios. Lo cierto es que Vic no ha aparecido desde ayer. Hace más de doce horas que lo están buscando por toda la ciudad. Es como si se hubiese volatizado. Ni siquiera tienen la menor sospecha de dónde puede hallarse. Eso no ha ocurrido nunca antes de ahora.

—¿De modo que tienen dos candidatos?

—Sí. Por si les falla el vendedor, cuentan con un suplente, que es Vic. Kellog se sentó al lado de Lory.

—Por favor, Dirk.

—¿Es que no quieres que te bese?

—Ahora no.

—Eres libre, Lory. Yo también yo soy.

—No lo quería ser de esta forma.

—Pero tú y yo no tenemos culpa de nada. Las cosas han sucedido sin que en ellas haya jugado nuestra voluntad.

—Debí quedarme con él anoche y todo se habría evitado.

—¿Quién puede saber lo que habría ocurrido? Hubieran podido matarte a ti en lugar de a él. Oh, Lory; no pienses más en ello. ¿Es que no lo recuerdas? Durante más de tres meses hemos vivido en un infierno viéndonos a escondidas. Ahora todo será distinto.

La joven se levantó.

—Debo irme.

—¿Te vas a ir así?

—Perdóname, Dirk; pero en las actuales circunstancias no puede ser de otra forma.

—Te visitaré esta noche.

—Prefiero que no lo hagas.

—Soy el socio de tu marido. Debo presentar las cuentas de la sociedad a su heredera.

—Por favor, dejémoslo para otro momento.

—Está bien, como quieras.

La joven se dirigió hacia la puerta, pero llegada ante ella se detuvo y volvióse.

—Dirk.

—¿Qué hay?

—Lo siento, pero quisiera que me contestases a una pregunta.

—Supongo cuál es. ¿Dónde me encontraba cuando tu marido fue asesinado?

—Sí.

—De acuerdo. Contestaré a ella. Estaba en mi casa, solo, viendo un programa de televisión. En un principio pensé ir al cine, pero luego me entró pereza. ¿Satisfecha?

—Gracias.

Lory abrió la puerta y desapareció.

Dirk mantúvose todavía unos instantes sentado en el sofá, pero finalmente se levantó.

Jay vio cómo se introducía una mano en el bolsillo y sacaba un grueso fajo de billetes de los que separó unos cuantos dejándolos sobre la mesa. Luego encendió un cigarrillo y se marchó.

Jay salió de su escondite y contó los billetes. Había ocho.

Se guardó tres en el pantalón y metió cinco en la cartera. Acababa de guardar ésta cuando apareció Bill.

—¿Lo consiguió, amigo? —preguntó el mozo.

—Desde luego. Mi hermano y esa rubia se marchan a Reno, pero aquí estoy yo para impedirlo.

—¿Está seguro de lo que hace? Su hermano va a sentir mucho perder a esa muchacha. Es algo verdaderamente serio. Lo mejor que he visto en rubias.

—Yo también —Jay carraspeó fuerte—. Quizá me anime a sustituir a mi hermano.

—Oh, señor.

—Sólo se trata de hacerle un favor —Jay sacó la cartera, cogió tres dólares y se los alargó—. Aquí tienes muchacho.

Bill alcanzó los billetes y sonrió satisfecho.

—Gracias, señor. Si le puedo servir alguna otra vez...

—Quién sabe, muchacho.

Jay fue a abrir la puerta y de pronto el camarero soltó una exclamación.

—¿Qué pasa?

—Su hermano.

—¿Qué hay con él?

—Se marchó sin pagar. Creí que habría dejado el importe sobre la mesa como es la costumbre en estos casos.

Jay dio un suspiro.

—¿No te lo advertí? Mi hermano es la oveja negra de la familia —Jay sacó una vez más la cartera y extrajo los dos dólares—. Ahí tiene, amigo. ¿Hay bastante?

—Le sobran cincuenta centavos.

—Para ti, muchacho.

—Es usted un caballero y me gustaría que consiguiese a la rubia. Usted me perdonará, pero no me son simpáticos los tipos con la

cara tan dura como su hermano.

—Gracias, chico.

Jay salió definitivamente del reservado y poco después del local, pasando a la otra parte de la calle donde lo esperaba Steve.

—¿Qué ha pasado, Jay? —le preguntó el vendedor.

—Todo salió bien. Conseguí mucha información y tres dólares que nos harán falta.

—¿Sabes ya quién es el asesino?

—Todavía no, pero lo sabré. Steve soltó un gemido.

—Con tal de que no sea demasiado tarde para mí.

—No lo será, compañero —Jay sonrió—. Ahora hemos de ir a la calle Sesenta y cuatro. He de ver a una joven que nos puede decir cosas muy interesantes.

—¿La modelo?

—No. Una tal Ina Baxter, que según Kellog se entendía con Marvell. Es la misma que llamó cuando nosotros estábamos con el cadáver.

—¿Es posible?

—Lo comprobaré yo mismo y saldremos de dudas.

CAPÍTULO V

Jay se separó de su amigo cerca del edificio donde se dirigía, y poco después penetraba en éste.

Iba a pasar de largo hacia el ascensor, cuando una voz fuerte lo detuvo:

—Eh, usted, ¿a dónde va?

Jay volvióse y observó a un hombre de unos cuarenta años de edad, fuerte complexión y hombros macizos. La cara que se le enfrentaba tenía un gesto avinagrado, espesas cejas, ojos verdosos brillantes y mentón cuadrado. Era el encargado del edificio.

Jay volvió sobre sus pasos esgrimiendo una amable sonrisa.

—Me llamo Jay Chandler y trabajo en la radio.

—¿De veras? —respondió el otro no muy convencido.

—Soy uno de los que llevan la sección: «Pruébenos que es usted una buena dama de casa». —Jay sacó unas cuantas facturas que había pagado recientemente a cuenta de la prima recibida por el contrato de publicidad del Canal de Suez, fijó la mirada en una de ellas, la del sastre, y dijo a su interlocutor—: La señorita Ina Baxter ha resultado agraciada con una de nuestras llamadas. Ahora debo prevenirla para que esté atenta a la emisión del próximo viernes.

El encargado se acarició la mejilla midiendo de pies a cabeza al joven, y finalmente dijo:

—Está bien, suba. Apartamento 24, segunda planta. Jay le dio las gracias y se metió en la jaula.

Abandonó ésta una vez arriba, y poco después llamaba al timbre de la puerta 24. Dentro se oyeron pasos, y una voz no muy firme preguntó:

—¿Quién es?

—Un paquete para usted, señorita Baxter. No cabe por debajo de

la puerta.

—¿Quién lo envía?

—A ver, espere un momento —Jay guardó un corto silencio—. No está la letra muy clara. Hay una uve doble y un nombre parecido a Marvell.

Se produjo una pausa y una llave hizo ruido en la cerradura. Luego la puerta se abrió.

Jay dio un empujón y se coló dentro. Una joven morena que se cubría con un batín dio un grito al tropezar con ella su visitante, y trastabilló cayendo sobre el brazo de un sillón.

Mantúvose en aquella actitud, perpleja, con las piernas al aire, y Jay observólas a su gusto, llegando a la conclusión de que aquella mujer podía haber ganado dinero con ellas exhibiéndolas en cualquier espectáculo de Broadway. Poseía un rostro bello, aún cuando ahora lo surcase una mueca de ferocidad.

Se puso en pie de un salto, acreditando que también era esbelta y que su busto podía competir con cualquiera de los más afamados de Hollywood.

—¡Usted! —gritó—. ¿Dónde está el paquete?

—No hay paquete —repuso Jay con voz conciliadora.

—¡Pues entonces se va a marchar al infierno ahora mismo!

—No se ponga nerviosa, monada.

—¿Quién se pone nerviosa? ¡No tiene derecho a entrar aquí! ¡Ha utilizado un sucio truco! —La joven se detuvo mirando a Jay con precaución—. ¿Es de la policía?

—¿Por qué he de ser de la policía?

—¡Yo pregunté primero!

—De acuerdo. No lo soy.

—Pues dele fuerte a las pezuñas y escape de aquí ahora que puede.

—¡Oh! No me puedo marchar cuando he logrado realizar mi sueño.

—¿De veras?

—Sí. Durante años he tratado de encontrar una mujer que me enseñase el lenguaje de los barrios bajos. Usted puede ser una estupenda profesora, monada.

Los ojos de la hermosa joven centellearon.

—No se va a divertir mucho a mi costa. O se va por las buenas o

llamo ahora mismo a la comisaría para que envíen a un agente.

—Estupendo. Hágalo.

Ina Baxter comprimió los labios con fuerza y de pronto giró bruscamente y se dirigió hacia el teléfono que había sobre una mesa pequeña. Cuando iba a coger el auricular, Jay advirtió:

—Si viene el agente se atenderá a las consecuencias. Ina lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Qué consecuencias?

—Usted se veía aquí con William Marvell, y da la casualidad que él ha sido asesinado la pasada noche.

—No sé de qué me está hablando.

—Pues haga su llamada y organizaremos un bonito baile. Ande, dese prisa. Jay se volvió hacia un sillón y dejóse caer en él emitiendo un suspiro.

Ina se mantuvo un rato inmóvil con la mano en el auricular, y finalmente se apartó de la mesa.

—¿Quién es realmente usted? —preguntó; cogiendo un vaso en el que había un par de dedos de *whisky*.

—¿Qué importa quién sea? He venido para que me aclare ciertos detalles sobre Marvell. Eso es lo único que interesa.

—¡Y un cuerno! —exclamó la muchacha—. Si quiere saber algo tendrá también que dar algo a cambio.

—Creo que no está en situación de imponer condiciones, señorita Baxter.

—Guarda una bomba en el bolsillo, ¿verdad? Pues ande, arrójela ya. No es necesario que haga tanto teatro.

—Sí; tengo una bomba de efectos retardados, y si me atreviese a tirarla usted lo iba a pasar mal.

—Bravuconadas tuyas —sonrió ahora Ina. Y bebió un largo trago de *whisky*. Jay se miró las uñas mientras decía:

—Usted llamó anoche al señor Marvell.

El rostro de Ina Baxter empezó a tornarse pálido, mientras miraba fijamente a su visitante.

—¿Quién se lo ha dicho? —inquirió.

—Tengo buenos medios de información.

—Así pues, ese cerdo de Medwin estaba escuchando por la puerta.

—¿Medwin?

—Sí, el maldito encargado que se pasa la vida espiando a los inquilinos.

Jay no podía decir a Ina que él mismo había recogido su mensaje cuando Marvell ya estaba muerto, de modo que no le aclaró la confusión respecto al hombre de las cejas espesas.

—Lo importante es que usted lo llamó, tesoro.

—¿Y qué?

—La Brigada de Homicidios se entusiasmaría si yo le repitiese las palabras que usted soltó por el micro.

—¿Qué es lo que le dije?

—Recordó a Marvell que era muy difícil librarse de usted y que todavía él estaba a tiempo. Luego le invitó a venir aquí indicándole que le esperaba hasta las doce.

Por último, lo amenazó con que no habría más prórrogas. Los senos de ella se estremecieron. Miró hacia la puerta.

—Ese puerco no se perdió palabra. Tuve la sensación de que estaba ahí detrás escuchándome, pero cuando salí al corredor no había nadie. Conoce bien su repulsivo oficio.

—No me interesa conocer su opinión acerca de Medwin, señorita Baxter, sino el significado de las palabras que dirigió a Marvell.

Ina lo miró desafiante y caminó hacia una mesa donde había una botella de *whisky* llena hasta la mitad. Se escanció una buena ración y volvióse con el vaso en alto, sonriendo otra vez.

—No me va a sacar una sola palabra.

—Has bebido ya demasiado —dijo él tuteándola—. Te va a sentar mal. Para variar debías beber solamente agua.

Por toda respuesta, Ina empujó el codo y dejó seco el vaso.

—¿Qué te parece si la cogemos juntos? —sugirió Jay.

—¡Usted no probará mi *whisky*! ¡Págueselo de su bolsillo!

—Me sigues decepcionando, Ina. Creí que al menos serías una buena anfitriona.

—No consentiré que me insulte.

—Anfitriona no es una palabra obscena, ricura —Jay frunció el ceño—. Me estoy preguntando si llegaste a ir a la escuela secundaria.

—No, no fui a ninguna escuela. Empecé a trabajar cuando tenía once años y lo hacía de sol a sol. Me decían que tenía que ganarme el sustento. ¿Y sabe lo que era? ¡Un plato de bazofia que no querían

ni los animales!

Ina cogió otra vez la botella, y cuando la dejó sobre la mesa había rebajado notablemente su nivel.

—¿Lo encuentra divertido? —preguntó sarcásticamente.

—Somos muchos los que hemos tenido una infancia no muy venturosa.

—Usted, ¿verdad?

—Tal vez.

—Pero usted es un hombre. Quizá cuando cumplid los catorce o quince años sabía cómo arreglárselas solo sin la ayuda de nadie. Pero yo era una mujer, una niña, y no tenía familia. Me había recogido un matrimonio de granjeros. Yo sólo era para ellos una criada.

Soñaba con el día en que pudiese dejar todo aquello. Y, al fin, ese día llegó —Ina volvió a beber un trago y sus ojos adquirieron un brillo ensoñador—. El me iba a dar todo lo que yo había deseado. Se presentó en un coche. No era un «Cadillac», pero a mí me bastaba. Se detuvo en la granja para comer y yo le gustó desde el principio. El no era mal parecido, pero aunque hubiese sido Frankenstein me habría sido igual. Me propuso que me fuese con él y yo no dudó un instante en aceptar su oferta. Por la noche, cuando todos dormían, volvió a la granja y nos fugamos. En seguida me di cuenta de que tenía mucho dinero. Nos alojamos en un hotel que para mí resultó un palacio. Los días se sucedieron como en los cuentos que me habían contado de niña. Yo era feliz con aquel hombre, hasta que un día me dijo que se le habían acabado los billetes. Tenía que volver a trabajar. Le pregunté en qué se ocupaba, y él entonces sacó un maletín, lo abrió y me enseñó un par de pistolas. Eso era él, un salteador.

Una nueva pausa para un nuevo trago. Una guedeja de cabello largo le cayó sobre la frente, cubriéndole un ojo, y movió la cabeza hacia atrás para quitársela.

Jay escuchaba atento sin hacer un solo gesto. No era necesario que hiciese preguntas. El alcohol, como la mayoría de las veces ocurría, había hecho soltar la lengua a la joven.

—Ésa era mi buena estrella —continuó Ina—. Después de aquellos años se presentaba mi príncipe azul y resultaba ser un pistolero. Gracioso, ¿no es así?

Soltó una carcajada, pero Jay se mantuvo serio.

—Pasamos mucha hambre. Durante unas semanas fuimos de un lado a otro hasta que al fin él dijo que había hallado un buen filón. Asaltaría un coche en que se enviaba el dinero para pagar a los obreros de una fábrica. En total eran unos cincuenta mil dólares. Me señaló en un mapa el lugar en donde yo debía esperarlo en un automóvil. El cometería el asalto utilizando un coche robado. Le dije que debía buscarse algunos cómplices, y él entonces se rió. Su único cómplice sería yo y así seríamos menos a repartir.

Ina se interrumpió unos instantes para sentarse en el sillón. Se dio cuenta de que el *whisky* la estaba mareando cada vez más y dejó el vaso sobre la mesa.

—Todo le salió bien. Era un hombre audaz. Se apoderó de los cincuenta mil dólares, fue donde yo estaba, y juntos emprendimos la huida. Me tenía reservada una sorpresa. Al día siguiente al del asalto nos casamos en San Paul, un pueblo de Minnesota. Luego seguimos hacia el Oeste. Quería ir a Las Vegas para asociarse con un antiguo compañero, pero su amigo había muerto hacía unos meses y lo único que mi marido consiguió fue perder veinticinco mil dólares en el juego —Ina hinchó los pulmones de aire y luego dijo—. No se lo puedo perdonar.

—¿El qué?

—Que me abandonase sin ninguna explicación. Me dejó allí, en Las Vegas, como un trasto.

—Eso es raro. Según cuentas, parece que él te quería.

—No. Cambió mucho durante nuestra estancia en Las Vegas. Pasaba toda la noche jugando, y cuando regresaba de madrugada yo no podía hablarle porque en seguida me tiraba cualquier cosa que encontrase a mano. Yo había dejado de ser ya una novedad para él. Me sabía de memoria. Lo hice quedar mal delante de algunos compañeros. Mi vocabulario no es muy extenso, y aunque hacía esfuerzos por evitarlo, siempre terminaba por colocar una palabra que sonaba mal a los oídos de aquella gente. Eso es lo que le pasó, que se avergonzó de mí. Lo cierto es que me dejó sola.

—¿Sin dinero?

—No, fue muy generoso. Me metió en el bolso doscientos dólares.

—¿Qué hiciste después?

—Oh, pasé muchas aventuras. Han sido unos años de mucha experiencia para mí. Podría escribir unos cuantos libros. Hace un par de meses me dejé caer por Nueva York, y aquí me lo topé de buenas a primeras en un restaurante, cuando yo me encontraba en compañía de un amigo. Lo reconocí en seguida. Había cambiado algo y vestía como un señor, pero lo hubiera distinguido igualmente entre un millón aunque se hubiese disfrazado.

—¿Te presentaste a él en seguida?

—Sí. ¿Para qué aplazar la emoción que iba a sentir al verme de nuevo? Me senté a su mesa y en un principio se quedó asombrado mirándome. Lo saludé con mucha delicadeza y él trató de negar que fuese quien era. Me dio otro nombre.

—William Marvell.

—Sí; William Marvell era mi marido.

—Pero terminaría por aceptar su antigua identidad.

—Desde luego. ¿Qué otra cosa podía hacer? Comprendió que nada podría conseguir manteniendo su engaño.

—¿De qué hablasteis?

—El me dijo que había tenido que huir de Las Vegas porque lo perseguía la policía. Una estúpida historia que solamente se hubiera tragado un niño. Le amenacé con denunciarle si no volvía conmigo inmediatamente, y entonces dijo que no podía hacer eso, que estaba casado. Había prosperado mucho. Ahora era un hombre honrado, un editor. Me entregó unos cuantos billetes de cien y me dijo que tomase un apartamento en cualquier sitio y le llamase al día siguiente.

Ina interrumpió su relato y echó el torso hacia delante diciendo:

—¿Tienes un cigarrillo?

Jay sacó el paquete y encendió dos cigarrillos simultáneamente, entregando uno de ellos a la joven.

—La primera entrevista que sostuve aquí con él fue muy interesante —dijo ella, lanzando una bocanada de humo—. Me indicó que debía estarme quieta y callada, y que él estaba dispuesto a pagarme todos los gastos. Si yo me mezclaba en su vida lo arruinaría para siempre, sacando a relucir su pasado. Me lo suplicó y yo... bueno, creo que todavía le quería. Siempre he sacado la peor tajada. Al fin y al cabo estaba acostumbrada. Di mi consentimiento, quizá porque pensé que podría ganármelo de nuevo.

—¿Venía él mucho por aquí?

—Dos o tres veces al mes y sólo para hacerme compañía durante una hora o dos. Me fui dando cuenta poco a poco de que él a quien quería era a su mujer, a esa Lory. Yo tenía la batalla perdida mucho antes de empezar. Cuando al fin me convencí de la verdadera situación le dije que estaba dispuesta a marcharme de Nueva York, pero que yo era la primera y legítima esposa y por tanto tenía derecho a una compensación económica. Estaba dispuesta a conformarme con cuatro o cinco mil dólares. Estaba harta de permanecer un día tras otro encerrada, porque no tenía humor ni para salir a la calle. Consintió, como era natural, pero luego empezaron a pasar las semanas y no venía. Lo llamé a su despacho diciéndole que estaba esperando su dinero para marcharme y desaparecer de su vida. Siempre me contestaba lo mismo. Fijaba un día para traerme los billetes, pero nunca acudía a la cita.

—Ahí hay algo raro —dijo Jay.

—¿El qué?

—Tu proposición era justa. Cuatro o cinco mil dólares no debían suponer mucho para él. Tengo entendido que Marvell ganaba bien los billetes con sus postales.

—Sin embargo, nunca me trajo el dinero. Yo estaba ya para estallar. Hace unos cuatro o cinco días llamé a su despacho y me dijeron que había salido de viaje. Estuve a punto de ir a la policía, pero logré contenerme. Seguí llamando todos los días hasta que por fin ayer me dijeron que había regresado, pero que hasta hoy no se incorporaría a su despacho. Lo dudé muchas veces antes de decirme a llamar a su casa anoche. Usted sabe lo que le dije. Quería terminar de una vez. O me entregaba el dinero o... yo no sé lo que hubiera hecho. Desgraciadamente no guardo rencor a nadie. Quizá me hubiera marchado dejándole en paz. Y de pronto esta mañana me entero por la radio de que lo han asesinado...

Ina se cubrió el rostro con las dos manos y estalló en sollozos.

Jay respetó aquel silencio, y de pronto ella lo miró por entre los dedos fijamente y se incorporó de un salto.

—¿Por qué le he contado todo esto? Usted me ha sonsacado. Es un sucio...

—¿Es que no lo recuerdas? Yo apenas te he hecho preguntas. Has sido tú quien me lo has contado todo. Necesitabas abrir la

espita y soltar todo lo que llevabas dentro.

—Pero usted sabe ahora que él era un salteador y que yo...

—Olvida eso, ni siquiera te he preguntado qué nombre tenía él cuando se casó contigo. No me interesa. El ya ha rendido cuentas a un juez del que no se puede escapar. En cuanto a ti, creo que has pasado lo tuyo y que nunca tuviste intención de apoderarte de nada ajeno.

Ina lo miró sorprendida y sentóse de nuevo lentamente en el sillón.

—Lo único que me importa es aclarar el crimen —siguió diciendo Jay—. Entregar a la policía al verdadero asesino.

—¿Por qué? ¿Qué interés tiene usted en todo ello?

—Has leído los periódicos, ¿verdad?

—Sí.

—El vendedor de la loción capilar es un buen amigo mío.

—¡El asesino!

—No, Ina, no es el asesino. Entró en la casa de Marvell casualmente, huyendo de un agente que lo había sorprendido vendiendo su mercancía. Lo cierto es que mi amigo encontró a un hombre dentro.

—¡A Marvell!

—Marvell ya había muerto.

—Entonces... era el criminal.

—Es posible; mi amigo lo tumbó de un puñetazo, y al no oír ningún ruido dentro de la habitación tanteó en el suelo y lo que hizo fue tocar el cadáver. Creyó que lo había matado y escapó.

—La policía no creerá esa historia.

—Desde luego que no. Por ello nos urge hallar al culpable, al que realmente lo hizo. Jay se levantó y empezó a recorrer la estancia a grandes pasos.

—¿Te habló alguna vez Marvell de sus amistades o de su segunda mujer?

—No, desde luego. Las pocas veces que venía aquí se sentaba en un sillón y se pasaba el tiempo dormitando, reclinada la cabeza en el respaldo.

Jay se frotó la nuca.

—Según me has dicho antes, las últimas conversaciones las sostuvisteis a través del teléfono.

—Sí.

—¿No recuerdas que te dijese algo en particular?

Ina miró hacia un lugar de la pared, pensativa, y de pronto volvió los ojos hacia Jay.

—Recuerdo algo que dijo la última vez que hablé con él la semana pasada, antes de marcharse de viaje. Le repetí que yo solamente quería cuatro o cinco mil dólares y él me respondió: «Si fuese solamente lo tuyo, estaría solucionado».

—¿Qué más?

—Nada más. El colgó.

—¿Sacaste alguna consecuencia de esas palabras?

—Pensé que se refería a alguna cuestión de sus negocios. ¿No cree que fuese así?

—Es posible, pero quizá fuese otra cosa.

—Es algo que nunca sabremos —sentenció Ina. Jay se frotó el mentón y de pronto preguntó:

—¿Has recibido alguna vez a otro hombre que no fuese Marvell en esta casa?

—No, nunca.

—¿Estás segura?

—¿Cómo quiere que no lo esté? —Ina guardó un silencio y luego preguntó—: ¿Por qué tenía que haber recibido a otro hombre?

—Sólo quería cerciorarme, carece de importancia. ¿Por qué no te acuestas, muchacha?

Creo que te hacen falta unas cuantas horas de sueño.

—¿No vendrá la policía?

—Por ahora, pierde cuidado. Puedes acostarte tranquila.

—¿Y qué va a hacer usted?

—Necesito hablar con unas cuantas personas. Ellas tienen que aportar al rompecabezas las últimas piezas.

—¿Quiere decir que lo va a solucionar todo?

—No pierdo la esperanza de lograrlo.

—Bueno. Al fin y al cabo, ya no tengo nada que perder.

—No debes marcharte de aquí. Te puedo necesitar en cualquier momento.

—Descuide, no me iré. A propósito, todavía no sé su nombre.

—Jay Chandler. Jay para los amigos.

Ella sonrió suavemente y dijo:

—Creo que su visita me ha hecho mucho bien, Jay.

—Procuraré que la próxima te deje mejor impresión. Hasta luego, muchacha. Y no bebas más, ¿quieres?

Jay salió del apartamento, y al comprobar que el ascensor estaba en la planta más alta descendió por la escalera.

Llegado al vestíbulo se detuvo ante la habitación del encargado. Éste se hallaba sentado en una silla leyendo un diario que sostenía con una mano, mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo que sujetaba con la otra.

—Hace calor, ¿eh, Medwin? —dijo Jay. El cargado terminó su lectura.

—Desde luego —contestó—. ¿Consiguió hablar con la señorita Baxter?

—¡Ajá! ¿Sabe que ella es de la clase de chicas que me recomienda el médico?

—¿De veras le gusta?

—Muchísimo.

—Quizá le resulte ahora, fácil llegar hasta ella.

—¿Está la plaza libre?

—Sí. A su hombre lo asesinaron anoche.

—¡Canastos! No me diga que era ese Marvell.

—Lo era.

Jay encanutó los labios y lanzó un silbido mirando hacia el techo.

—Pudo haber avisado antes, Medwin —declaró.

—Usted sólo venía por motivos profesionales.

—Oh, eso es cierto. Y dígame, Medwin, ¿acaso no hay otro? Estas chicas a veces juegan con dos al mismo tiempo. Les gusta alternar.

Medwin se quedó un rato pensativo y luego dijo:

—No, no recuerdo a nadie, excepto a Marvell. Jay sonrió:

—¿Sabe que quizá me anime?

—Pues debe darse prisa porque si ella tarda en encontrar otro que le pague todo, terminará por hacer el equipaje y largarse.

—Gracias por el consejo, Medwin. No tardaré en volver. Hasta pronto.

Jay salió a la calle y caminó hasta la esquina en donde lo esperaba Steve.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó el vendedor—. Creí que te habrían cazado. Jay se detuvo junto a su amigo y miró a un lado y otro de la calle.

—¿No has observado nada sospechoso?

—No. Y he estado mirando bien.

—¿Ningún tipo que estuviese vigilando la casa de Ina Baxter?

—Solamente yo era el que la vigilaba.

—Vámonos; tenemos que proseguir nuestro trabajo.

—¿Y cuándo comemos, Jay? Tengo telarañas en el estómago.

—Ya habrá tiempo para todo. Lo principal es resolver este condenado embrollo. Steve hizo una mueca de tristeza mientras murmuraba:

—¿Qué clase de socio me he buscado yo? Vamos de un lado a otro trotando y siempre tengo que esperar en la acera. Cada vez que pasa un agente por mi lado tengo que ponerme a atar los cordones de mis zapatos.

—Utiliza otro truco. Ése es muy socorrido y puede despertar sospechas.

—Sí. ¿Y qué debo hacer? ¿Cubrirme la cara con el pañuelo?

Steve seguía refunfuñando mientras subían a la imperial del autobús.

Media hora más tarde desembarcaban de nuevo en la parada más próxima a la editorial de Marvell.

—¿Otra vez aquí? —exclamó Steve, siguiendo en pos de su amigo que cruzaba ya la calle.

—Es necesario, muchacho —contestó Jay.

Penetraron en el local en donde Jay había conocido a Lizabeth, y Jay dijo a su amigo que se acercase a la barra y pidiese un perro caliente mientras él telefoneaba.

El joven se introdujo en la cabina y buscó en la guía el número correspondiente a la editorial Minerva. Cuando le dieron la comunicación, pidió hablar con la señorita Armour.

—¿Quién llama? —preguntó la voz de la joven, al cabo de un rato.

—Soy Jay, Jay Chandler. ¿Me recuerda, Liz?

—Claro que sí, Jay. He pensado mucho en usted desde que nos separamos.

—¿De verdad?

—No se lo puede imaginar.

—Pues me consuela mucho porque yo también he pensado en usted. ¿Qué le parece si nos vemos ahora? Estoy en el mismo sitio en que hablamos esta mañana.

—En un momento estoy con usted.

Jay esperó a que ella colgase y luego lo hizo él. Cuando se disponía a salir de la cabina vio su rostro reflejado en un espejo y se asombró al contemplar la sonrisa que distendía sus labios. La borró seguidamente y frunció el ceño, pensando que él nunca había sonreído de aquella forma.

Fue adonde le esperaba Steve, quien engullía el último trozo del perro caliente.

—¿Puedo comer otro, Jay?

Chandler sacó dos dólares del bolsillo del pantalón y entregó uno a su amigo, diciendo:

—Yo me voy al otro extremo porque estoy citado con una muchacha. Ya sabes, la de antes.

—¿No crees que le estás concediendo demasiada importancia?

—La que tiene, muchacho —dijo Jay, sonriendo, y empezó a alejarse de su amigo. Llegado al extremo más cercano a la puerta de entrada, pidió también un perro caliente y se mantuvo a la expectativa.

Lizabeth no tardó en llegar. Lo descubrió a él en seguida y se dirigió al bar. Se estrecharon las manos.

—¿Quiere comer algo, Lizabeth?

—No, no tengo apetito. Su frescura me lo ha quitado.

Jay observó el rostro femenino y lo vio serio, demasiado serio.

—¿Qué le pasa, Lizabeth?

—¡Conque usted era compañero de mi prometido! Tommy le enseñó mi fotografía, y usted, al verme cruzar el salón desde aquí, me reconoció en seguida.

—No fue así.

—Es usted el más grandísimo farsante que he encontrado en mi vida —la joven se mordió el labio inferior—. ¿Por qué no empleó otro sistema?

Jay arrugó la frente cariacontecido, y tras guardar un silencio sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Fue lo único que me proporcionó el camarero a quien

soborné... Me contó su historia sentimental. Siempre me ha repugnado utilizar esos métodos, pero no tenía dónde elegir.

—Puede sentirse satisfecho. Casi me hizo llorar. Es usted un... Bueno, creo que me marchó. Al menos tengo la satisfacción de haberlo descubierto. Llamé a un verdadero compañero de mi prometido y me dijo que en la escuadrilla nunca hubo un Jay Chandler.

—¿Aceptó solamente por eso mi invitación de venir aquí?

—Sí, sólo por eso. Y ahora que queda satisfecho, me voy. Adiós, señor Chandler. Fue a retirarse, pero él alargó la mano y la cogió por el brazo.

Ella se detuvo y volvió la cabeza hacia él. Ambos se miraron fijamente y Jay murmuró:

—Por favor, quédese.

—¿Para qué?

—Le debo una explicación.

—No es necesaria.

—Yo creo que sí. Y quizá después que usted la conozca cambie su opinión respecto a mí.

—Está bien. Le escucho.

Entonces Jay le dio cuenta en voz baja y confidencial de la relación que Steve y él habían establecido con el asesinato de William Marvell.

—¿Se da cuenta? —terminó—. Steve está metido en un buen lío. Todo lo he hecho por ayudarlo. Es un gran muchacho, algo tímido, y si cayese en manos de la policía su cerebro se embotaría de tal forma que terminar ría confesando cualquier barbaridad con tal de que lo dejasen en paz. Es aquel muchacho que ve usted al otro extremo, el que busca las migas en el plato.

Liz miró en la dirección que Jay le indicaba y terminó por sonreír.

—Aparentemente responde bien a su descripción.

—¿Entonces, me cree ahora?

Ella lo miró a los ojos y afirmó con la cabeza.

—Correré ese riesgo, Jay.

—Estupendo. La he llamado porque necesito de usted.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Puede enterarse de algún modo del estado de cuentas de

Marvell?

—Quizá no resulte muy difícil. Edburg, el cajero de la sociedad, me aprecia bastante.

¿Lo necesita ahora?

—Sí.

—Invertiré solamente irnos minutos. Espéreme aquí. La joven se marchó.

Jay hizo una señal a Steve, para que fuese adonde él estaba.

—¿No nos vamos todavía? —preguntó Steve—. Me pone nervioso la proximidad de esa casa.

—Se lo he contado todo a Lizabeth.

—¿Todo? ¿Quieres decir que sabe que yo soy el asesino?

—Tú no eres el asesino, Steve. A fuerza de tanto pensar en ello terminarás por creerlo. Puedes tranquilizarte. Estamos a punto de obtener algún resultado.

Al cabo de unos minutos regresó Lizabeth, quien fue presentada a Steve por Jay. Luego la joven anunció:

—Ya tengo los datos que necesitaban —hizo una pausa mirando al joven—. Es verdaderamente asombroso. El señor Marvell sacó de la caja social últimamente un total de nueve mil dólares.

—¿En cuántas veces?

—Una de tres mil, otra de cuatro mil y otra de dos. Todas ellas en un plazo de cuatro semanas.

—¿Se enteró Kellog de eso?

—Edburg no ha tenido más remedio que comunicárselo esta mañana a Kellog, pero Marvell le había dicho que no le dijese nada a su socio. Eran cantidades que él pensaba reponer.

—Y, naturalmente, Edburg no sabrá el destino que Marvell dio a ese dinero.

—Lo ignora absolutamente.

Hubo un largo silencio, y por fin Jay preguntó tuteándola:

—¿Sabes algo de Vic?

—No; la policía vigila su apartamento y le busca por todos lados. No comprendo dónde se puede haber metido, y temo que le pueda haber ocurrido algo.

—Puedes tranquilizarte a ese respecto. A ese Vic no le pasa nada. Lo único que tiene encima de él es un miedo feroz.

—¿Acaso porque cree que la policía le achacará el crimen?

—Sí, pero él tiene una razón más importante para no dar la cara. No se trata solamente de que amenazase de muerte aquel día a Marvell. Eso, al fin y al cabo, ocurre algunas veces. Un hombre puede desear la muerte a un semejante en un rato de mal humor y expresar ese deseo en voz alta delante de varios testigos. En el caso de Vic Tamblyn, él tenía que haberse presentado a la policía para demostrar su inocencia después de haber leído en la Prensa la noticia del asesinato de Marvell. Pero no lo ha hecho y creo conocer el motivo.

—¿Cuál es, Jay? —preguntó rápidamente la joven.

—Se trata de una simple sospecha, y no puedo exponerme al fracaso. Antes he de hacer algunas comprobaciones. Lo que sí te puedo asegurar, es dónde está.

Tanto Liz como Steve se quedaron asombrados.

—¿Dónde? —preguntó ahora Steve. Jay miró a Liz.

—En tu apartamento.

—¿Es posible?

—Es otra suposición mía, y conviene que vosotros dos vayáis a comprobarla.

—¿Por qué no vienes tú? —preguntó Steve.

—Porque yo tengo que hacer en otro sitio.

—No lo puedo creer —dijo Liz.

—De acuerdo con el retrato que me he formado de Vic Tamblyn, él ahora se encuentra completamente deshecho. Ha estado huyendo todo el día, yendo de un lado para otro, y al final se ha cansado. Otro cualquiera hubiera pensado en ir a la policía, pero él habrá preferido hablar primero contigo, Liz. Marchaos cuanto antes. Y a ti, Steve, te hago responsable de que Vic Tamblyn esté allí cuando yo llegue. ¿Cuál es tu dirección, Lizabeth?

—Calle Noventa, número doscientos veinticuatro, apartamento siete.

—Trataré de estar con vosotros en el menos tiempo posible.

Jay se iba a alejar cuando de pronto se acordó de que no había pagado, y volvió la cabeza mientras se buscaba en el bolsillo el dólar que le quedaba.

Liz lo vio buscando afanosamente y dijo con una sonrisa:

—Es igual, ya pagaré yo. Y toma algo de dinero. Te hará falta.

—Decía que íbamos a encontrar un cliente que lo había de pagar

todo —murmuró Steve.

—Puedes estar seguro de que habrá alguien que cargue con toda la factura —dijo Jay, aceptando unos cuantos billetes de la joven.

Luego se separó encaminándose nuevamente a la cabina telefónica. Buscó un número en la guía y lo marcó.

—¿Oiga? —dijo cuando cogieron al otro lado el auricular—. ¿Hablo con Jack Cochran, detective privado?

—Sí. ¿Quién llama?

—Chandler, Jay Chandler.

Hubo un titubeo y luego Cochran contestó:

—¿Ha dicho Chandler...? No me dice nada el nombre.

—Necesito hablar con usted, señor Cochran, y quería asegurarme de encontrarlo en su despacho.

Cochran vaciló otra vez.

—El caso es que me disponía a salir —explicó.

—Oh, mi visita le llevará poco tiempo y creo que va a ser muy interesante para usted.

—¿De qué se trata, señor Chandler?

—Sólo le puedo decir que usted y yo vamos a hablar acerca del señor Marvell; ya sabe, el hombre que fue asesinado la noche pasada.

Hubo un largo silencio y Jay tuvo que preguntar:

—¿Sigue ahí, Cochran?

—Sí, le he oído; pero no comprendo nada de lo que dice. Yo soy por completo ajeno a ese asunto.

—¿Qué le parece si lo discutimos usted y yo? Estoy seguro de que llegaremos pronto a un acuerdo. Voy ahora mismo para allá.

Jay colgó sin esperar una respuesta y abandonó definitivamente el local.

Una vez en la calle hizo parar un taxi, y cuando estuvo dentro de él dio al conductor la señas del edificio donde Cochran tenía instaladas sus oficinas.

Era la hora de más intenso tráfico, y el taxi hubo de invertir más de veinticinco minutos en trasladar a Jay adonde él quería.

Pagó la carrera con los billetes que le había dado Liz y echó una ojeada a la casa de cinco pisos que tenía delante. Era un edificio comercial y estaba destinado a despachos. Hacía ya una hora que había acabado la jornada de trabajo, y sólo vio media docena de

ventanas iluminadas. Estaban indicados los nombres de los distintos ocupantes.

En el vestíbulo había un gran número. Jack Cochran era el inquilino del despacho 13 B, tercera planta.

Se metió en el ascensor y apretó el botón. Una vez arriba abandonó la jaula y echó a andar por un espacioso corredor.

Cuando llegó ante el
13 B,

otra placa le informó que se encontraba ante el despacho de: «Jack Cochran. Investigaciones Confidenciales. Especialización en informes sobre conductas sospechosas».

Impulsó hacia abajo el tirador y la puerta cedió.

Se encontró en un vestíbulo donde había dos sillones y una mesa sobre la que descansaban media docena de revistas muy gastadas. Era un departamento muy pequeño y a la derecha había una puerta. Llamó suavemente con los nudillos, pero tras una corta espera no oyó ningún ruido procedente del interior. Llamó otra vez, pronunciando el nombre del detective que había ido a buscar:

—¡Cochran! Nuevo silencio.

Hizo girar de nuevo el picaporte y la hoja cedió.

Dentro reinaba la oscuridad, y Jay sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Inspiró profundamente y se metió dentro, tanteando con la mano la pared en busca del conmutador de la luz.

—¡Cochran! —repitió.

Al fin encontró la llave y le dio la vuelta.

La luz se hizo en la habitación e instantáneamente dio Jay un respingo al ver frente a él a un hombre que le estaba mirando desde el sillón donde se encontraba sentado.

—¡Infiernos! —exclamó Jay—. Me ha dado un buen susto. ¿Es que se ha comido la lengua?

El individuo que estaba sentado no dijo nada, pero continuó con los ojos abiertos. Jay tragó saliva.

Dio un paso hacia la derecha. Luego otro.

Tal como suponía, aquel hombre no le siguió con la mirada. Permanecía con los ojos fijos en la puerta por donde él había aparecido.

Entonces observó que Cochran estaba apoyado en el respaldo, vencido el cuerpo.

Siguió andando en semicírculo, y de pronto se detuvo viendo el mango que le sobresalía por el cuello. Se acercó al cadáver y le tocó una mano. Todavía estaba caliente. La sangre seguía fluyendo por la herida, y pensó que si el taxi no hubiese encontrado entorpecimientos en el camino, podría haber evitado la muerte de aquel hombre. Ahora ya nada podía hacer por él.

Le metió la mano por entre la camisa y la chaqueta y extrajo su cartera. La registró y halló en uno de los departamentos cincuenta dólares y una hoja de ingreso en una cuenta corriente a nombre de Cochran por un importe de cuatro mil dólares. La fecha de ingreso correspondía a diez días antes. Puso de nuevo los billetes en la cartera y se quedó con el resguardo.

Abrió unos cuantos cajones de la mesa, pero no encontró nada que le sirviera de ayuda.

Terminó su examen, descolgó el auricular y se puso en contacto con la policía.

—Oiga... ¿Quiere ponerme con la Brigada de Homicidios? — Esperó unos minutos, y cuando le dijeron desde el otro lado que hablaba con la Brigada de Homicidios, anunció—

: Aquí una voz misteriosa para comunicarles que un hombre ha sido trinchado.

—¿Cómo dice? —preguntó asombrado el que estaba al otro extremo del hilo.

—Vengan al edificio Coleman, callé Treinta y dos, apartamento 13 B.

—No se mueva de ahí. ¿Quiere decir que han asesinado a alguien? Jay dirigió una mirada a Cochran.

—Desde luego, el tipo no se mueve. ¿Me oye?

—Sí.

—Tome nota de un aviso especial para el teniente Rennie. Dígale que acuda dentro de una hora a la calle Sesenta y cuatro, número ciento treinta y dos, apartamento Veinticuatro, y que lleve consigo a Lory Marvell y a Dirk Kellog. El teniente lo entenderá.

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha de hacer eso el teniente?

—Usted hágame caso, amigo, y todos podremos dormir esta noche a pierna suelta, incluido el teniente Rennie. No lo olvide.

Inmediatamente, Jay colgó y salió del despacho.

CAPÍTULO VI

Jay apretó insistentemente el timbre, y poco después la puerta se abrió apareciendo en el hueco Lizabeth Armour.

—Hola, Jay —saludó la joven, con voz quebrada—. Puedes pasar.

El ex agente de publicidad penetró con el ceño fruncido y echó una mirada al solitario saloncito.

—¿Qué pasa? —preguntó, volviéndose hacia la joven—. ¿Dónde están Steve y Vic Tamblyn?

—Acertaste en tu suposición. Vic se encontraba aquí esperándome. Ahora Steve le está dando una ducha en el baño.

—¿Borracho?

—Sí.

Jay tomó asiento en un sillón y ella lo hizo en el sofá de al lado.

—Vic ha confesado —dijo ella.

—¿El qué ha confesado?

—¡Que él mató a Marvell!

—¡No!

—Ha contado hasta el último detalle, la forma en que lo hizo.

—¿Cómo fue?

—Lo de la partida de póker con sus amigos fue una excusa. Desde que supo que Marvell había regresado, empezó a pensar en ir a verle a su propia casa. Le obligaría a admitirle por escrito en la sociedad o lo mataría. Después de dejarme en mi apartamento, ayer por la tarde, se fue a su casa y tomó unos vasos de *whisky* para infundirse valor. De todas formas intentó antes lograr una cita, amistosa con Marvell. Lo llamó por teléfono, y cuando le indicó a Marvell que necesitaba verlo, William le respondió que lo dejase en paz, que ya tenía demasiadas complicaciones para que él agregase

una más. Entonces Vic se decidió a obrar por su cuenta. Después de beber otro rato se fue a casa de Marvell.

Lizabeth hizo una pausa. Desde el cuarto de baño llegaban los bufidos de Tamblyn al recibir sobre su cuerpo el agua fría.

—¿Qué ocurrió con Marvell? —preguntó Jay.

—Vic aparcó el coche lejos de allí para no ser visto y se acercó a la casa de Marvell amparándose en las sombras. Puso una mano en el tirador de la puerta y se dio cuenta de que estaba abierta y se metió dentro.

—¿No pulsó el timbre?

—No ha dicho que lo hiciese.

—Continúa.

—Vic conocía la casa porque había estado allí otras veces. Vio luz en la biblioteca y se dirigió a ella. Marvell estaba sentado ante una mesa trabajando, y al ver a Vic apenas se inmutó.

—Esperaba su visita, ¿eh?

—Sí, eso es lo que dijo Marvell. Vic le explicó a qué había ido allí. O lo aceptaba como socio en la editorial o era hombre muerto.

—Supongo que mientras amenazaba a Marvell, Vic le mostraría la pistola.

—Sí.

—¿Y cuál fue la respuesta de Marvell?

—Se puso en pie y soltó una carcajada.

—Un hombre con una gran sangre fría. Le apuntan con una pistola y se ríe.

—Entonces Vic perdió la cabeza y apretó el gatillo. Se quedó asombrado viendo cómo Marvell dejaba de reír y se desplomaba poco a poco.

—¿Comprobó Vic que Marvell estaba muerto?

—Permaneció inmóvil un rato, y fue tal el pánico que le entró que por unos momentos se disipó su borrachera. Entonces se agachó sobre Marvell y le puso la mano sobre el corazón, comprobando que había dejado de latir.

—Lo había dejado frito.

—¿Es que vas a tomarlo a broma, Jay?

—No, muchacha, no lo tomo a broma. Esto es algo muy serio. Pero a veces no puedo evitar ciertos comentarios.

Liz sacudió la cabeza y prosiguió:

—Vic estaba dispuesto a escapar cuando de pronto oyó un ruido por la ventana que daba al callejón y vio que estaba abierta. Alguien intentaba entrar. Se escondió y vio que un hombre penetraba en el interior.

—Sí, esa parte la conozco. Era Steve que huía del agente.

—Steve fue a cobijarse muy cerca de donde se encontraba Vic y se pusieron a pelear.

—Fue una pelea muy corta. Steve lo fulminó de un trallazo. Lo demás está claro. Buscó en la oscuridad al hombre que había golpeado y encontró a Marvell. Entonces Steve escapó de allí como alma perseguida por mil diablos, dejando olvidado su maletín de específicos.

—Vic recobró el conocimiento y también huyó, pensando que de un momento a otro llegaría la policía.

Jay se frotó el mentón con el dorso de la mano.

—¿Y luego?

—Ocurrió con arreglo a tu hipótesis. Vic estuvo caminando de un lado para otro tratando de serenarse, preguntándose una y mil veces por qué había hecho aquello. Se dijo que su deber era presentarse a la policía, pero como ya le había pasado el efecto del *whisky*, quiso beber otra copa.

—Necesitaba infundirse de nuevo valor.

—Sí. Vic es un hombre de esa clase.

—Y cuando se encontró otra vez borracho echó al olvido lo de la policía.

—Quiso hablar antes conmigo; por eso vino aquí.

—¿Cómo se las arregló para entrar?

—Dejo la llave debajo del felpudo, cuando salgo por las mañanas, para que la mujer de la limpieza pueda hacer su trabajo. Vic conocía mi costumbre.

—Comprendo.

Jay se levantó y empezó a pasear, pensativo. De pronto se detuvo.

—¿Has llamado a la policía, Liz? —inquirió.

—No; preferiré esperar a que tú llegases.

—Buena chica. —Jay hizo una pausa—. ¿No tienes por ahí un trago de *whisky*? Oyendo las andanzas de Vic se me ha convertido la lengua en una tira de cuero.

La joven se dirigió a un mueble bar y poco después regresó con dos vasos, uno de los cuales alargó a Jay.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella, después de beber un sorbo.

—Está claro —dijo Jay poniendo el vaso vacío sobre la mesa—. Entregaremos al asesino. El teniente Rennie se alegrará.

—¡Oh! Es verdaderamente lamentable que Vic haya hecho eso. En aquel instante apareció Steve, conduciendo a Tamblyn.

Era éste un hombre de unos treinta años de edad, de estatura regular, cabello rubio, frente despejada y nariz roma. Estaba en mangas de camisa y mostraba el cabello mojado.

—Ande, siéntese —le dijo Steve—. ¿Verdad que se encuentra mejor?

Tamblyn se desprendió de los brazos de Steve y miró de hito en hito a Lizabeth y Jay.

—¿Quién es, Liz? —preguntó.

—Un amigo: Jay Chandler. Ha estado investigando acerca del asesinato. Vic miró fijamente a Jay.

—Se molestó demasiado. ¿Verdad, muchacho? No tenía que investigar nada.

—Lizabeth me contó su historia. Es muy interesante.

—Todas las de los asesinos lo son. ¿No le parece?

—Desde luego. Pero, si no le importa, quisiera que me aclarase cierta cuestión de la suya.

—¿Es policía?

—No.

—¿Detective privado?

—Tampoco. ¿No se lo ha dicho mi amigo? Fue él quien le golpeó en la biblioteca de Marvell privándole del sentido. La policía le busca a él para cargarle la muerte. Vic miró a Steve.

—Puede estar tranquilo, compañero —le dijo—. Aquí estoy yo para evitarle molestias con la policía.

—Gracias —dijo Steve—. Es usted un asesino simpático. Lo tendré siempre en cuenta.

Vic volvió a mirar a Jay.

—¿Cuál es esa cuestión, señor Chandler?

—¿Qué es lo que hace usted cuando va de visita a una casa? Vic hizo una mueca preguntando:

—¿Se trata de algún chiste?

—No es ningún chiste, Tamblyn. Es una pregunta completamente correcta.

—Está bien. Llamó al timbre.

—Estupendo. ¿Por qué no llamó al timbre cuando llegó ante la puerta de Marvell? El fotógrafo se humedeció los labios con la lengua.

—Quería sorprender a Marvell.

—Y usted pensó que la puerta podría estar abierta por arte de birlibirloque.

—¿Cree en los presentimientos, señor Chandler?

—A veces.

—Pues eso es lo que me ocurrió a mí. Se me ocurrió que la puerta podía estar abierta y lo estaba.

Tamblyn vio el vaso de *whisky* que Liz tenía en la mano y dijo:

—¿No es la fiesta en mi honor? Sé buena y dame un poco de *whisky*, Liz.

—Usted ya ha dejado de beber —replicó Jay.

—No se conceda más atribuciones de las que tiene, amigo.

—¿Dónde encontró esas dosis de coraje?

Vic enrojeció hasta la raíz de los cabellos y apretó los labios diciendo:

—Le voy a hacer pagar caro eso.

Avanzó hacia Jay, y llegado ante él echó el brazo atrás para golpear al joven, pero éste fue mucho más rápido y le atizó con la izquierda, no muy fuerte, en un pómulo.

Vic trastabilló y desplomóse sobre el sillón. Allí quedó con los ojos muy abiertos mirando a Jay.

—¡Me ha pegado! —exclamó.

—Sí, Vic, le he pegado —repuso Jay—. Y si lo intenta otra vez, lo haré mucho más fuerte. Vic se hinchó como un niño al que hubiesen obsequiado con una azotaina y reventó en un prolongado sollozo.

—¡No tiene derecho! Yo no le he hecho nada a usted y usted me ha pegado. Liz se dirigió furiosa a Chandler.

—¿Por qué lo has hecho, Jay? Después de todo, aún no se encuentra bien. Ya ha sufrido bastante el pobre.

—Ha sido necesario, Liz.

—¿Necesario pegarle?

—Sí; quería comprobar algo y no podía conseguirlo de otra forma. —Jay guardó un silencio—. Ahora será mejor que nos marchemos.

—Te irás tú —exclamó la joven—. Y puedes llevarte a Vic para entregarlo a la policía. Pero yo me voy a quedar al margen de todo esto.

—Lo siento, Liz, pero tienes que venir también.

—¿Por qué?

—Todos los que hemos tenido que ver de un modo o de otro con este asesinato vamos a vernos las caras. Tú eras una modelo de Marvell, y a ti también debe interesarte que esto acabe de una vez.

Lizabeth guardó silencio por unos instantes. En la sala sólo se oyó el lloriqueo de Vic Tambllyn. Finalmente la joven se decidió.

—Está bien, Jay; iré con vosotros. Pero supongo que tendré tiempo para maquillarme.

—Desde luego, pero no tardes. La joven salió de la habitación.

Vic había escondido el rostro entre las manos y no cesaba de estremecerse. Steve lo observaba admirado.

—¿Has visto, Jay? —dijo a su amigo—. Es como un niño pequeño —dio un suspiro—. Menos mal que al fin se ha portado bien. Todo ha quedado resuelto y yo estaré tranquilo. A propósito, Jay. ¿Qué tal las visitas que has hecho mientras Liz y yo estábamos aquí?

—No me puedo quejar. Encontré otro muerto.

—Eso está bien —sonrió Steve, y de pronto quedó serio—. ¿Cómo?

—Un cadáver, un fiambre.

—¿El otro socio de Marvell?

—No. Un detective privado. Un tal Jack Cochran. Steve señaló con el dedo índice al lloriqueante Vic.

—¡Seguro que él también lo hizo! ¡Ahora estás a tiempo de sacárselo, muchacho! Jay negó con la cabeza, diciendo:

—Eso lo dejaremos para después.

—¡Canastos! ¡Este tipo se los carga en serie! Sigo pensando en que debías arrancarle la confesión ahora. Enséñale el puño y lo hará. No he visto nunca un hombre tan blando. Es como un merengue.

—Olvidalo, Steve.

—¿A que todavía se enredan las cosas y me la cargo yo? En aquel instante reapareció Lizabeth.

—Estoy preparada; ya podemos irnos.

Jay hizo una señal a Steve. El vendedor, sin dejar de refunfuñar, cogió la chaqueta de Vic y ayudó a éste a ponérsela.

Luego todos salieron del apartamento.

CAPÍTULO VII

Jay se detuvo ante la habitación del encargado del edificio mientras hacía una seña a sus compañeros para que siguiesen hasta el ascensor.

Medwin estaba comiendo un emparedado e interrumpió el movimiento de sus maxilares.

—¿Qué ocurre, muchacho? —preguntó, asomando la cabeza—. ¿Es que se han dado cita aquí los del Ejército de Salvación?

—Solamente se trata de una pequeña fiesta que hemos organizado en casa de la señora Baxter. La llamé por teléfono y la convencí para que armásemos el guateque.

Medwin hizo un gesto de perplejidad.

—Estas chicas modernas... —murmuró—. Le entierren al prójimo y ella ya está pensando en divertirse.

—¿Qué quiere que haga después de todo? La vida es así, Medwin. Como un limón al que hay que sacar bien el jugo.

—Sí, quizá tenga razón —Medwin dio un suspiro—. Si yo tuviera sus años... Pero este maldito reuma está acabando con mis piernas.

—A propósito, Medwin. Vendrán después otros invitados. No les ponga dificultades para subir.

—Desde luego que no. Cuente con ello. Pero procuren no hacer mucho ruido. Ya sabe, es por los vecinos.

—No se preocupe, no tendrán motivos para quejarse.

Jay hizo un saludo y se reunió en la jaula con Lizabeth, Vic y Steve.

Descendieron en la planta a la que correspondía el apartamento de Ina Baxter. Cuando ésta abrió la puerta se quedó sorprendida al ver tanta gente en el corredor.

Jay explicó:

—Son todos amigos. La señorita Armour, el señor Tamblyn y el señor Davis. Les presento a la señorita Baxter.

Hubo un cambio de saludos, y luego dijo Ina que podían pasar. Penetraron en la casa y cada uno tomó posesión de un lugar para sentarse, Vic había dejado de llorar, pero tenía los ojos enrojecidos y miraba de un lado a otro como asustado.

Ina carraspeó suavemente y dijo:

—¿Me ayuda a preparar unos *whiskys*, Jay?

El joven observó que le estaba haciendo una señal porque indudablemente quería decirle algo, y se levantó yendo con ella hacia la cocina.

Una vez ambos se encontraron a solas, Ina le informó con voz temblorosa:

—Me han amenazado, Jay.

—¿Cuándo?

—Por teléfono. Hará cuestión de una hora. Llamaron y yo cogí el auricular. Era una voz fina que no pude identificar. Lo mismo podía ser un hombre que una mujer.

—¿Qué te dijo concretamente?

—Me dijo: «Haga su equipaje cuanto antes y abandone la ciudad. No intente ponerse en contacto con nadie ni tampoco deje su dirección».

—¿Nada más?

—Luego hizo una pausa y añadió que si no le obedecía seguiría la suerte de mi marido.

—¿No dijo William Marvell?

—No. Se refirió a mi marido.

—¡Magnífico!

Ella lo miró asombrada.

—¿Tú crees?

—Oh, no me hagas caso. Hablaba conmigo mismo.

—Tengo miedo, Jay.

Él le dio una palmada cariñosa en un brazo.

—No puede pasarte nada, Ina. La pesadilla va a terminar pronto.

—Ojalá sea cierto. A cada minuto que pasa me doy cuenta de que tengo los nervios destrozados.

En aquel instante se oyó el zumbido lejano del timbre de la

puerta.

—Yo abriré —dijo Jay—. Prepara entretanto los *whiskys*. Con una docena habrá bastante.

El joven abandonó la cocina, y después de cruzar el saloncito abrió la puerta.

En el corredor estaban Lory Marvell y Dirk Kellog.

—Buenas noches, amigos —saludó Jay.

Kellog fue a corresponder al saludo y se quedó estupefacto, observando con ojos desorbitados al hombre que tenía delante.

—¿Usted? —exclamó.

—¿Me recuerda, Kellog?

—Naturalmente. Usted es el señor Chandler, el que vino esta mañana a la oficina.

—Tiene buena memoria. —Jay hizo una inclinación hacia Lory, tendiéndole la mano—. ¿Cómo está, señora Marvell?

—¿Me conoce? —inquirió la hermosa rubia.

—Aquí somos todos amigos. ¿No viene con ustedes el teniente Rennie?

—Nos dijo que viniésemos delante —respondió la viuda—. El no tardará en llegar. Jay se apartó de la puerta, dejándoles libre el paso.

Kellog penetró sin apartar la mirada de Chandler.

—Bueno —dijo Jay, cerrando a sus espaldas—. Algunos de ustedes ya se conocen. No es cuestión de hacer las presentaciones. Háblense con entera libertad.

Kellog se quedó aún más asombrado al ver sentado en el sofá a Tambllyn.

—¡Vic! —exclamó—. ¿Cómo está aquí?

Tambllyn lo miró con ojos despreocupados y dijo:

—Me tiene sin cuidado todo esto, y será mejor que me dejen en paz. Voy a echar una cabezada.

Ina Baxter apareció con una bandeja llena de vasos conteniendo *whisky*.

—Aquí tienen a nuestra anfitriona —anunció Jay—, la señorita Baxter. Es la señora Marvell, Ina.

La primera esposa de William Marvell hizo tintinear los vasos. Jay, que estaba a su lado, se apresuró a sostenerle la bandeja.

Las dos mujeres presentadas se miraron fijamente a los ojos

mientras inclinaban levemente la cabeza.

Todos cogieron un vaso menos Vic, que se había inclinado sobre el respaldo del sillón y tenía los ojos cerrados.

—Me gustan esta clase de reuniones —dijo Jay, alegremente. Kellog carraspeó con fuerza.

—No creo que sea usted lo que me dijo, señor Chandler.

—¿No?

—Apuesto a que no es tratante en ganado porcino y a que el único jamón que ha visto en su vida es el que le presentan en el plato para comerlo.

—Debo conceder que tiene usted razón. Los ojos de Kellog brillaron iracundos.

—¿De modo que admite que me tomó el pelo?

—No le mentí con esa intención, sino con la de investigar la muerte de William Marvell. Era lo único que me interesaba.

—¿Es que cree que la policía no se basta para eso?

—No dudo de la eficiencia de nuestra policía, Kellog. Digamos que lo único que he hecho ha sido colaborar con ella.

—Quizá al teniente Rennie no le agrade su colaboración.

—Es posible.

El rostro de Kellog se iluminó con una sonrisa.

—En cuyo caso —declaró—, creo que vamos a presenciar una escena que valdrá la pena.

—El señor Chandler tiene razón —intervino. Elizabeth—. El no ha hecho otra cosa que intentar capturar al asesino.

—¿Oh, sí? —preguntó Kellog, con ironía—. ¿Y lo ha atrapado al fin?

—Desde luego —contestó Liz—. Fue Vic Tamblyn.

Lory Marvell soltó una exclamación, y en medio del silencio que se produjo, Vic amenizó el acto con un ronquido.

—Bueno —dijo Kellog—. Al fin llevó a cabo su amenaza.

—Nunca lo hubiera creído —dijo Lory.

—Ni yo tampoco —admitió Dirk—. Pero dicen que la realidad supera a la fantasía. Lory se sacó un pañuelo del bolso y se puso a llorar.

—Quiero marcharme a casa —murmuró—. No lo puedo resistir.

—Oh, sólo habrá de esperar unos minutos, señora Marvell —dijo Jay—. El teniente no puede tardar en llegar.

Kellog miró a Chandler furiosamente.

—¿Es que no se da cuenta? No tiene ningún derecho para obligarla a estar aquí. Ha sufrido muchas emociones desde anoche.

Jay sacudió la cabeza.

—Usted también ha sufrido mucho, ¿verdad, Kellog? Perdió a su socio y gran amigo.

—¿Lo duda usted? No solamente era mi socio, sino la persona que gozaba de toda mi confianza.

—¿Podía decir él lo mismo de usted?

Al hacer esta pregunta, Jay dejó resbalar la mirada hacia Lory. Kellog se puso en pie de un salto.

—¿Qué insinúa usted, Chandler? ¡No le consiento bromas de esa clase!

—Estoy hablando en serio, amigo —respondió Jay—. Usted está enamorado de la señora Marvell. Lo estaba desde hace varios meses.

Kellog fue a lanzarse sobre Jay, pero Steve se puso en medio y le pegó un empujón obligándole a sentarse de nuevo.

Lory dejó de llorar repentinamente y miró a Jay, pero en sus ojos no había ninguna sombra de ira.

—Es cierto que Kellog y yo nos hemos visto sin que mi marido tuviese conocimiento de ello, pero le puedo asegurar que yo no traicioné nunca a William.

—La creo, señora Marvell.

De pronto la puerta se abrió de golpe. El teniente Rennie penetró en la estancia seguido por el sargento Callaghan.

Los dos policías se detuvieron, examinando perplejos a los reunidos. El sargento observó a Steve Davis, y tras morderse el labio inferior levantó el brazo gritando:

—¡Usted!

Steve dio un respingo.

—¿Qué quiere de mí, sargento?

Callaghan se dirigió hacia el vendedor, pellizcándose una mejilla. Llegado ante Steve, le examinó el rostro.

—¿Dónde lo he visto a usted antes...? No, no lo diga. — Callaghan hizo una pausa y de súbito exclamó: ¡Ya lo tengo! ¡Usted es el tipo que hace siete meses asesinó a palos a aquella vieja en una choza de la isla Staten!

—¿Qué dice? —retrucó Steve—. ¿Se ha vuelto loco, sargento?

Callaghan se volvió hacia Rennie.

—¡Lo cacé, teniente!

Rennie cruzó los brazos haciendo chasquear la lengua.

—Le felicito, sargento.

—Gracias, teniente —respondió Callaghan, sonriendo modestamente—. Ya le he dicho que soy un archivo viviente.

—¡Pero esta vez le falló! —gritó enfurecido Rennie—. Claro que ha visto a este hombre; pero no fue hace siete meses, sino hoy... ¡Esta misma mañana en el despacho del señor Kellog!

Callaghan parpadeó con una mueca de asombro, volvió a mirar otra vez a Steve, y terminó por afirmar con la cabeza.

El teniente Rennie, zanjado aquel incidente, observó de nuevo a los allí reunidos.

—¿Puedo saber quién es la persona que nos ha hecho venir aquí? Jay se adelantó un paso.

—Yo, teniente.

—Conque ha sido usted, ¿eh...? Si mal no recuerdo, usted, señor Chandler, es un cliente del señor Kellog.

—¡Es un impostor! —exclamó Kellog, levantándose—. ¡Se introdujo en mi despacho mediante engaño, haciéndose pasar por un tratante de ganado porcino!

—¿Qué dice a eso, señor Chandler? —preguntó el teniente.

—Que tenía unas cuantas razones para hacer lo que hice.

—Enumérelas.

—Creo que le bastará con una sola, teniente. Mi amigo, el hombre que le presenté como Heriberto Ramírez, es realmente Steve Davis, el vendedor de la loción capilar que ustedes buscaban.

El sargento Callaghan se volvió rápidamente hacia Steve.

—Conque sí, ¿eh? —chilló con voz fuerte.

Rennie se cogió la frente con la palma de la mano, dando un suspiro, y de pronto gritó:

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho, señor Chandler...? ¡Nos ha complicado la vida innecesariamente! ¡Durante todo el día ha estado protegiendo a Davis, pasándolo por delante de nuestras narices, haciendo burla de nosotros...!

—Lo siento, teniente, pero no era esa mi intención.

—¿No lo era? —Rennie enseñó los dientes—. ¿Qué intentaba entonces...? Oh, no me conteste. Usted es de esa clase de

entrometidos que creen ser más perspicaces que la policía. Ha leído demasiadas novelas y pensó que en la primera ocasión que se le presentase demostraría lo listo que es.

El sargento Callaghan sacó unas esposas y dijo mirando a Rennie:

—¿Me los llevo, teniente?

—Cállese, sargento —gritó Rennie—. Todavía no he terminado. —Dio unos pasos por la habitación y se enfrentó con Jay—: Así que fue usted quien llamó desde el despacho de Cochran a la Brigada de Homicidios.

—Sí, señor.

—Una voz misteriosa... Muy ocurrente.

—Pensé que debían intervenir ustedes antes de que pasase demasiado tiempo. A Cochran lo habían liquidado poco antes de llegar yo.

—¿Cochran? —exclamó Kellog—. ¿Se está refiriendo al detective privado llamado así? El teniente volvió la cabeza hacia el editor.

—Sí, Jack Cochran. ¿Por qué se asombra, señor Kellog?

Dirk se mantuvo unos instantes indeciso, y luego de mojarse el labio inferior con la lengua, explicó:

—Lo conocí cierta vez. Eso es, me lo presentó un amigo para quien había hecho un trabajo. Hace unos meses de eso. Siempre se impresiona uno al saber que ha muerto una persona que de un modo u otro ha conocido.

El teniente volvió la mirada a Jay.

—Contésteme a una pregunta que me quita el sueño, señor Chandler. ¿Para qué necesitaba usted ver a Cochran?

—Tenía que hablar con él antes de venir aquí.

—No me haga perder la paciencia, Chandler. ¿Por qué necesitaba verlo antes de venir aquí?

—Cochran era la pieza clave del crimen.

—¿De qué crimen?

—Del que tuvo como víctima a William Marvell.

Tras la declaración de Jay, se produjo un gran silencio que fue roto por el teniente.

—¿De qué está hablando, Chandler? Usted o yo, uno de los dos está loco. ¿Qué relación podía existir entre Cochran y Marvell?

—Lo comprenderá cuando sepa que Kellog contrató a Cochran

para que el detective siguiese los pasos a William Marvell.

—¡No es cierto! —gritó Kellog. Jay se dirigió a Lory.

—¿Está usted de acuerdo con esa negación? Lory bajó la mirada al suelo y dijo:

—No. No estoy conforme. Dirk me confesó esta mañana que había contratado al señor Cochran para vigilar a mi marido, tal como usted ha dicho.

El teniente puso los brazos en jarras.

—Conque ésas tenemos, ¿eh, Kellog? Mintiendo a la policía.

—Yo... —balbució el editor—. No creí que eso pudiese tener importancia... ¡Era asunto mío! ¿Por qué tengo que rendir cuentas de mis actos?

—Si no lo sabe yo se lo diré. Hay dos cadáveres mezclados en esto. ¿Se da cuenta? Y da la casualidad de que uno de los muertos era el detective que usted contrató, y la otra víctima es precisamente el hombre por quien usted se interesaba, el que Cochran tenía que vigilar.

Kellog se hundió en el sillón confuso, completamente enrojecido el rostro.

—¿Va a contestar ahora a mis preguntas? —inquirió Rennie.

—Creo que yo se lo puedo explicar todo —intervino Jay. El teniente volvió a mirar al joven no sin cierto asombro.

—Al parecer se ha movido usted aprisa, ¿eh, señor Chandler?

—Desde luego no he estado parado, pero también he tenido un poco de suerte.

—Prosiga. ¿Qué interés tenía Kellog por averiguar lo que hacía su socio?

—Kellog tuvo la sospecha de que Marvell se entendía con una mujer y decidió jugar su carta. Quería conseguir un motivo legal para que Lory se pudiese divorciar de su marido. Kellog estaba enamorado de la mujer de Marvell. Ella le había pedido el divorcio a William, pero él no estaba dispuesto a concedérselo.

—Comprendo.

—Kellog pensó que con las pruebas de la traición de Marvell todo lo tendría a su favor.

—Es decir, a la mujer de Marvell.

—Por ello contrató a Cochran. El detective se puso a seguir a Marvell y William lo condujo aquí.

—¿Ella, eh? —murmuró.

—Sí —convino Jay—. La primera señora Marvell.

—¿Cómo dice? —exclamó Lory.

—Es cierto —dijo Jay—. Ella estaba casada antes que usted con su marido, pero entonces él no se llamaba William Marvell.

—¡Un poco de orden! —gritó el teniente—. ¡O tendré que interrogarlos uno a uno! Jay se dirigió a Ina.

—¿Quieres contarle al teniente la historia que me relataste a mí? Tú lo harás mejor que yo.

Ina asintió con la cabeza, y seguidamente hizo un relato de los sucesos de su vida que se referían al desdichado matrimonio con el pistolero.

Cuando hubo terminado se produjo un gran silencio que interrumpió el teniente:

—Así que esto se complica cada vez más. Resulta que. Marvell era un salteador. ¿Cuál era su nombre entonces, señorita Baxter?

—Alfred Roberts.

—¡Ahora lo recuerdo! —exclamó el sargento—. Fue un tipo vivo que dio mucha guerra hace irnos años en algunas poblaciones del Medio Oeste.

—Cierre el archivo, sargento —le reconvino el teniente—. A nosotros lo único que nos importa es resolver su muerte y la de ese detective privado, Jack Cochran.

En aquel instante Vic Tamblyn se despertó chillando, víctima de una pesadilla:

—¡Yo maté a Marvell! ¡Y lo volvería a hacer un centenar de veces! Se quedó inmóvil, los ojos fuera de las órbitas y el rostro sudoroso.

—¿Lo oyó, teniente? —dijo el sargento con voz triunfal—. El sueño lo traicionó. Hay muchas personas culpables que no descansan durmiendo. Su conciencia les acusa. Menos mal que estábamos nosotros aquí.

Rennie miró fijamente a Vic, el cual resoplaba como si acabase de salir de una caldera.

—¿Confiesa que usted lo mató?

—Es Vic Tamblyn —dijo Kellog—. El hombre que usted también buscaba y el que amenazó con matar a mi socio si él no le daba entrada en nuestra sociedad.

—El me lo prometió —gritó Vic—. Usted lo sabe, Dirk. He invertido más de cuatro años de mi vida en la editorial Minerva. Todos nuestros competidores de la ciudad saben que la propiedad del negocio se debe en gran parte a mi trabajo. Usted y Marvell hubiesen seguido llevándose la parte del león. ¿Por qué no había de tener yo un pequeño pellizco?

—Usted sabe bien que yo estaba conforme —respondió Kellog—, pero Marvell se negó a darle esa participación. Por ello usted le mató.

El teniente hizo una seña al sargento, y éste exhibió las esposas y caminó hacia Tamblyn.

—¿Quieren esperar un momento? —intervino Jay. Todos volvieron la cabeza hacia el joven.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó el teniente.

Jay echó a andar, cruzó el saloncito, y acercándose a la puerta de entrada la abrió de golpe.

CAPÍTULO VIII

Medwin estaba en el corredor, y al ver a Jay tuvo un pequeño sobresalto.

—¿Qué tal le va, Medwin? —le saludó Jay.

—Vine por si acaso necesitaban algo —sonrió el en cargado—. Ya sabe; a pesar de que son muchos, a veces se olvidan de alguna cosa.

—Oh, sí. Es usted muy amable. ¿Se siente mejor de su reuma?

—A estas horas me molesta poco.

—Pues pase, entonces. Quizá le hagan un encargo.

Medwin vaciló unos instantes mirando hacia el interior del apartamento, pero finalmente accedió.

—Siéntese —le dijo Jay, mientras cerraba la puerta—. Precisamente ha llegado usted en el momento en que hacíamos una recapitulación para ver si nos faltaba alguna cosa.

El teniente gritó exasperado:

—¿Qué es lo que se trae entre manos, Chandler?

—¿Conoce al encargado del edificio, teniente? Es este hombre que acaba de entrar, Medwin.

—¿Y para qué demonios lo ha invitado? Lo único que falta es que salga a la calle y llame también a todos los peatones que encuentre por los alrededores. Además, el baile ya ha terminado. Tenemos al asesino de Marvell y de Cochran. Espóselo, sargento.

Vic Tamblyn aparecía abatido en el sillón, completamente derrotado, y Callaghan lo esposó por una muñeca.

El nuevo silencio fue roto por Jay.

—¿Tiene algo que oponer a eso, Medwin? El encargado lo observó ceñudo.

—No le comprendo, señor Chandler.

—El teniente acaba de decir que el señor Tamblyn es el asesino de Marvell y Cochran. ¿Usted también lo cree así?

—Bueno —sonrió Medwin—. Yo no conocía a ninguno de los señores que usted nombra. Desde luego he leído en la Prensa todo lo que ha pasado. A mí me emocionan esas cosas, como a la mayoría de los ciudadanos, pero me mantengo al margen de ellas. Soy una persona pacífica.

Jay chasqueó la lengua.

—Es una buena representación, Medwin. Muy convincente, sí, señor, pero no le va a servir de nada.

—¿Qué quiere decir?

—Que no debió matar a Cochran, Medwin. Con un asesinato ya tenía bastante, y hasta es posible que hubiese salido bien librado porque habría podido alegar que mató a Marvell en legítima defensa.

—Es como si me hablase en chino. El teniente se dirigió a Jay:

—Oiga, ¿qué es lo que está hablando?

—Este individuo está loco —dijo Medwin—. Si yo estuviese en su lugar, teniente, ordenaría que lo encerrasen.

Jay señaló al encargado mientras mantenía los ojos fijos en el rostro de Rennie.

—Éste es su verdadero hombre, teniente. El asesinó a Marvell y a Cochran. El teniente se quedó con la boca abierta.

—¿Ése?

—Sin lugar a dudas. Él lo hizo. Medwin se levantó de repente.

—¡Le demandaré por difamación! —exclamó airadamente—. ¡No puedo consentir a nadie que me ofenda como usted lo está haciendo! Soy un hombre que quiere vivir en paz.

—Eso ya lo dijo antes —repuso Jay.

—Yo me marchó —gritó Medwin. Jay le cogió por un brazo.

—Usted se queda aquí.

—¿Por qué he de hacerlo? Jay miró a Rennie.

—Hágale quedarse y le contaré una bonita historia.

El teniente titubeó unos segundos, pero finalmente dijo:

—De acuerdo. Quédese, Medwin. Pero será mejor que se esté quieto y se mantenga callado. —Hizo una pausa—. Adelante, Chandler. Pero procure que sea algo convincente o no será usted sólo el que duerma esta noche en una casa de salud.

—Lo comprenderá en seguida sin muchos quebraderos de cabeza —dijo Jay—. Kellog contrató a Cochran para que vigilase a William Marvell. Kellog sólo quería pruebas de que Marvell traicionaba a su mujer.

—Todo eso ha quedado aclarado con anterioridad.

—Ahora continuaré en este punto.

—Prosiga.

—Cochran se encontró con que Marvell visitaba aquí a una mujer y, naturalmente, pensó que era su amante. Un detective privado metido en esta clase de negocios, en lugar de ir directamente a la persona encartada, en este caso la señorita Baxter, acude a un encargado, un botones, etc., en busca de informes, y Cochran visitó a Medwin. Los informes que Cochran recibió lo dejaron estupefacto. Medwin tiene la bonita costumbre de escuchar detrás de las puertas, y ustedes mismos lo han comprobado hace un momento. Por ese sistema había espiado a la señorita Baxter y a Marvell, poniéndose al corriente de la historia del salteador y de su primer matrimonio. Naturalmente, Medwin estaría pensando en la forma de sacar tajada de aquello, cuando se le presentó Cochran, un detective que estaba especializado en esa clase de basura. En seguida llegaron a un acuerdo. Cochran sabía utilizar la inteligencia, y dándose cuenta de que Marvell era ahora una persona honrada y con unos buenos ingresos, pensó que sería cosa fácil hacerle soltar un buen puñado de dólares. Según nos ha contado Ina Baxter, ella sólo quería cuatro o cinco billetes de los grandes para dejar en paz al hombre que había sido su marido. Pero resultó que Marvell no se los daba. Había una razón para ello, y era que Cochran y Medwin lo estaban esquilmando. Por ello Marvell, antes de marchar de viaje, dio a entender a su primera mujer que no era ella su principal preocupación, lo cual era lógico teniendo en cuenta que había un par de vampiros que le estaban chupando la cartera. Del asesinato de Marvell se deduce que él sólo conocía la existencia de un chantajista, y éste era Medwin.

—¡No debe creer una palabra! —gritó el encargado, enderezándose.

Pero Steve ya se había puesto a su lado y le hizo sentar otra vez, empujándolo contra el sillón.

—Me gusta esa historia —dijo el teniente—. Puede seguir, señor

Chandler.

Jay sacó la cartera y extrajo de ella el resguardo que había quitado de la de Cochran.

—Ahí tiene un resguardo perteneciente al detective privado. Nuestro hombre ingresó cuatro mil dólares en su cuenta corriente hace solamente diez días. Esta cantidad es casi la mitad del dinero que Marvell retiró de la caja de la sociedad, nueve mil dólares exactamente, lo cual le podrá ratificar el señor Kellog.

El teniente miró a Dirk, y éste meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Lo malo de los chantajistas —prosiguió Jay— es que nunca tienen bastante. Les cae el dinero en los bolsillos como si lloviese del cielo y no se dan por satisfechos. Quieren más, siempre más. Como nuestros amigos eran dos, las apetencias eran dobles. Cada vez apremiaron más a Marvell y probablemente le pidieron una cantidad más fuerte de la que él podía disponer. Marvell estaba acosado, pero no tenía más remedio que dar satisfacción a los extorsionistas, o de lo contrario era hombre al agua. Revivir su pasado sería su muerte. Debía de tener en su prontuario muchos delitos de los que no había rendido cuentas a la justicia. Lo cierto es que decidió tomarse un descanso y salió de Nueva York. Pudo también haber ido por dinero, pero no lo creo. Probablemente él tendría bastante en el Banco. ¿No es cierto, señorita Marvell?

La rubia Lory asintió diciendo:

—No teníamos mucho, sólo unos doce mil dólares. William era jugador y desgraciadamente perdía. Su negocio nos proporcionaba beneficios, pero existiendo ese escape nunca podía disponer de una cantidad considerable.

—Marvell regresó —continuó Jay—. Medwin llamaría todos los días a la editorial haciéndose pasar por uno u otro comerciante. Quería saber cuándo volvía su hombre, y al fin se puso en contacto con él. Entonces Marvell decidió acabar de una vez, ignorando, vuelvo a repetir, que aunque quitase a uno de en medio siempre quedaba otro. Por ello comprometió a su esposa para ir a cenar a casa de un amigo, pero luego, en el momento *en* que debían marcharse, la dejó ir a ella sola. Incluso la señora Marvell quiso quedarse a hacerle compañía, pero él no lo permitió. Naturalmente, necesitaba estar solo. Medwin se presentó en la casa. Iba bien

equipado. Llevaba un revólver. Habló con Marvell y le dijo que quería la pasta, pero William probablemente no quiso soltarla porque sabía que al cabo de unos días le harían otra petición. Tenía que librarse de aquel hombre como fuese. En resumidas cuentas pelearon, pero como Medwin estaba preparado, no se dejaría alcanzar siquiera por un puñetazo. Lo despachó de un tiro, y después de cerciorarse de que estaba muerto escapó de allí.

—¡Es una mentira! —gritó Medwin—. ¡Una sucia mentira!

—Es la pura verdad, amigo —dijo Jay—. Luego de *irse* usted, llegó Vic Tamblyn. Estaba más borracho que una cuba. Usted, Medwin, dejó la puerta abierta probablemente para que se pensase que algún ladrón había entrado para robar y al ser sorprendido por Marvell había matado a éste. Vic Tamblyn entró dispuesto a ajustar cuentas, pero en realidad a lo que iba, sin saberlo él mismo, era a darse satisfacción. Es un pobre hombre, tímido e incapaz de hacer daño a nadie. Por ello había tenido que despachar una buena dosis de *whisky*. Llegó a la biblioteca y se encontró con el cadáver. Se debió asustar lo indecible. El había amenazado de muerte a Marvell, iba allí para llevar a cabo su amenaza y se lo encontraba ya muerto. No dudó de que la policía le echaría la culpa a él y que nada ni nadie lo podría librar. En eso, un vendedor de loción capilar entró en el callejón a que daba la biblioteca, huyendo de un agente que lo había sorprendido mientras vendía su mercancía. Vio una ventana abierta y se metió dentro de la casa. Se encontró con Tamblyn y le golpeó privándole del conocimiento. Mi amigo tanteó en el suelo y tocó el cadáver, creyendo que él lo había matado de un puñetazo. Escapó a todo correr como una exhalación, y cuando Vic recobró el conocimiento también se largó.

Medwin respiraba entrecortadamente, mirando a Jay con ojos cargados de odio.

—Esa historia parece bien montada —dijo el teniente—. Pero ahora hacen falta pruebas.

—¡No tiene ninguna! —exclamó el encargado.

—Es lo que usted cree —dijo Jay—. Me cercioré de que Cochran no había hablado con la señorita Baxter, y luego pregunté a usted mismo si la había visitado otro hombre además de Marvell. Recibí una nueva negativa, pero resulta que Cochran notificó a Kellog que había seguido hasta aquí a Marvell. Y no solamente eso, sino que le

dio el nombre de ella, Ina Baxter. Por tanto, Cochran lo había tenido que saber de algún modo. Puestos a creer a la señorita Baxter o a usted, preferí aceptar la palabra de ella. Ahí van más indicios si los quiere. La señorita Baxter se refirió a su maldita costumbre de escuchar por detrás de las puertas. Al parecer, ella le había sorprendido algunas veces en ese menester. Cuando bajé esta tarde después de visitarla a ella, lo vi a usted sudando como un condenado. No hacía calor para eso, Medwin. Usted sudaba porque había corrido como un gamo al darse cuenta de que yo me disponía a salir del departamento. Usted nos estaba escuchando detrás de la puerta. Y por si no tiene bastante le diré otra cosa. Usted confesó a Cochran que había asesinado a Marvell. El no estuvo conforme con el crimen. Como un buen profesional del chantaje que era, debió reñir con usted y decirle que él no tenía nada que ver con aquello. Cochran tenía razón. Usted nunca debió matar a la gallina de los huevos de oro. Cochran nunca lo hubiera hecho, pero usted estaba lanzado y le tenía todo sin cuidado. Se hallaba con Cochran cuándo yo le llamé por teléfono anunciando mi visita. Pude notar sus titubeos. Él le debía dar cuenta a usted de todo lo que yo decía. Usted le dijo que me mandase a paseo, pero yo insistí en que iría allí. Cuando yo colgué sobrevino lo demás. Cochran le dijo a usted que estaba dispuesto a cantar. Después de todo, él no tenía nada que ver con la muerte de Marvell. Eso era cuenta suya. Usted ya no podía confiar en Cochran. Sólo podía librarse de su amenaza de una sola forma: matándole a él también. Después de todo, ¿quién iba a pensar que usted había matado a Marvell? ¿Quién podría establecer una relación entre usted y Cochran? Cogió el abre cartas y se lo sepultó en el cuello. Luego escapó de allí y dio por terminado el asunto con una última pincelada. Llamó a Ina, disfrazó la voz, y la amenazó para que se fuera de la ciudad. Ina era su único peligro.

Medwin lanzó un quejido y abalanzóse sobre Jay.

—¡Lo mataré a usted también!

Jay lo recibió con un terrible golpe en el estómago, y cuando Medwin se dobló con la boca abierta, se la cerró de un zurdazo enviándolo en brazos del sargento.

Callaghan quitó rápidamente las esposas de la muñeca de Tamblyn y las colocó en la de Medwin. Se oyó una percusión metálica y el encargado quedó prisionero.

—¡No pueden hacerme esto a mí! —gritó babeante, con los ojos llenos de fuego—. No fui a matar a Marvell. El estaba dispuesto a liquidarme. Me tuve que defender.

—¿Y Cochran? —sonrió Jay—. ¿También tuvo que trincharlo porque le amenazaba?

—¡Maldito sea...!

El teniente hizo una seña al sargento para, que sacase fuera a Medwin. Callaghan se puso la otra esposa en su muñeca y dio un tirón.

—Vamos, muchacho. Ya has hablado bastante por ahora. La puerta se cerró cuando hubieron salido los dos hombres. El teniente paseó por la estancia durante un rato. Finalmente se detuvo mirando a Chandler y dijo.

—Yo hubiese dado con el verdadero culpable, pero debo reconocer que usted lo ha hecho mucho antes.

—Solamente he tenido un poco de suerte.

—Eh, oiga —dijo Kellog, de pronto.

—¿Qué hay? —preguntó Jay.

—¿Cómo supo lo que me dijo Cochran? Yo solamente se lo conté a Lory en cierto reservado, y usted ha dicho que no la conocía.

Jay miró a Lory y ésta le sonrió mientras mentía:

—El señor Chandler y yo nos habíamos visto ya, pero no quisimos que nadie se enterase. Yo le dije lo de Ina Baxter —hizo una pausa—. Lo ha hecho usted muy bien, señor Chandler.

—Gracias.

—Bueno —intervino Steve, mirando a su amigo—. ¿Quién va a pagar aquí la factura?

Lory se dirigió a Kellog.

—¿A cuánto asciende mi herencia en la sociedad, Kellog?

—Calculando por lo bajo, a unos setenta y cinco mil dólares.

—¡Oh, soy una persona rica!

Lory sacó del bolso un talonario y una pluma y extendió, dos talones. Cuando los hubo rubricado, tendió uno a Ina, diciéndole:

—No quiero que me guarde rencor. Acéptelo como algo que es suyo. Ina cogió el talón, observando su contenido.

—¡Diez mil dólares! —exclamó—. ¡Es demasiado!

—Oh, no, de ninguna manera. Recuerde que usted fue la primera mujer de William.

—Pero todo el dinero lo hizo siendo su marido.

—Estoy segura de que usted hubiera hecho por mí lo mismo —dijo Lory, y tendió el segundo talón a Jay.

Steve se movió rápidamente, colocándose detrás de su amigo para observar al mismo tiempo que él el contenido del cheque.

—¡Mil quinientos dólares! —gritó el vendedor—. No lo puedo creer.

Lory se levantó, y después de dar la mano a todos salió acompañada de Kellog. Jay se volvió a Ina Baxter y le preguntó:

—¿Qué es lo que vas a hacer con ese dinero?

—Siempre he soñado con un pequeño negocio en Los Ángeles. Ahora podré verlo hecho realidad. Si alguna vez vas por allí...

—Quizá algún día me acerque —sonrió Jay, estrechándole la mano—. ¡Buena suerte!

Los demás también se despidieron de Ina y salieron juntos.

Llegados a la calle, el teniente preguntó a Jay:

—¿Y usted qué piensa hacer con sus mil quinientos?

—Me ha gustado eso de hacerle la competencia. Quizá me decida a montar una agencia de investigaciones.

—Me lo temía. Los aficionados que obtienen algún éxito policíaco creen que van a resolver todos los crímenes con la misma facilidad. Pero tenga cuidado. Si me lo encuentro en mi camino, seré mucho más severo.

Lo decía sonriendo, y Jay lo aceptó también de buen humor.

Cambiaron un apretón. El teniente montó en el coche que lo esperaba y poco después el vehículo desaparecía a lo lejos.

Se quedaron solos Steve, Liz y Jay, y echaron a andar por la acera, en silencio.

—Oye, Steve.

—¿Qué ocurre, Jay?

—¿No decías que tenías que ver a alguien?

—¿Yo...? No lo recuerdo.

—Sí, hombre, sí.

Steve miró hacia el cielo con el ceño fruncido.

—Por más vueltas que le doy no me viene a la memoria. ¿Estás seguro, Jay?

Jay, desesperado, hizo una seña por la espalda de Liz y Steve comprendió al fin.

—¡Canastos, Jay! Ahora recuerdo. Te refieres a aquella chica.

—Naturalmente.

—Ahora mismo voy —consultó el reloj—. Demonios, voy a llegar tarde. ¿Dónde nos vemos después, Jay?

—Ordenaré desde cualquier teléfono que nos reserven una habitación con dos camas en el hotel Continental. Pasa por allí.

—De acuerdo, muchacho. Steve tendió la mano a Liz.

—Hasta la vista, señorita Armour. Celebro haberla conocido.

—Igualmente, Steve.

El vendedor de loción capilar echó a correr y sus pasos se fueron perdiendo poco a poco en la distancia.

Liz y Jay quedaron a solas en la anchurosa calle desierta, iluminada sólo a trechos.

—¿No tenías tú otra cita con alguna chica? —preguntó de repente ella.

—Oh, no, de ninguna forma.

Se miraron fijamente, con los brazos a la espalda, y de pronto los dos se echaron a reír.

—Eres incorregible, Jay.

—¿Sí?

—Desde que te conozco no has hecho más que emplear trucos. Apuesto a que yo los conozco todos.

—Oh, no; te falta el más importante.

—No lo creo.

—Te convencerás en seguida. Pero me has de prometer obedecerme en todo. ¿Prometido?

Ella levantó la mano con un mohín, como si jurase ante un tribunal y dijo:

—Prometido.

El la cogió de un brazo y la hizo subir por una escalera que tenían cerca. Llegados ante la puerta, dijo Jay señalando la baranda:

—Súbete ahí.

—Oh, no, me puedo caer.

—Prometiste obedecerme.

—Está bien.

La ayudó a encaramarse.

—Aprieta los talones contra la pared, Liz.

—Ya está.

—¿Preparada?

—Sí. ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Ahora lo verás.

Jay la empujó en la cadera, y apoyando una mano en la baranda saltó al otro lado.

Liz lanzó un grito al perder el equilibrio y se desplomó en el vacío. Jay la estaba esperando con los brazos abiertos y la recibió en ellos. Pero perdió el equilibrio y ambos rodaron por la fresca hierba que había a aquel lado de la casa.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).